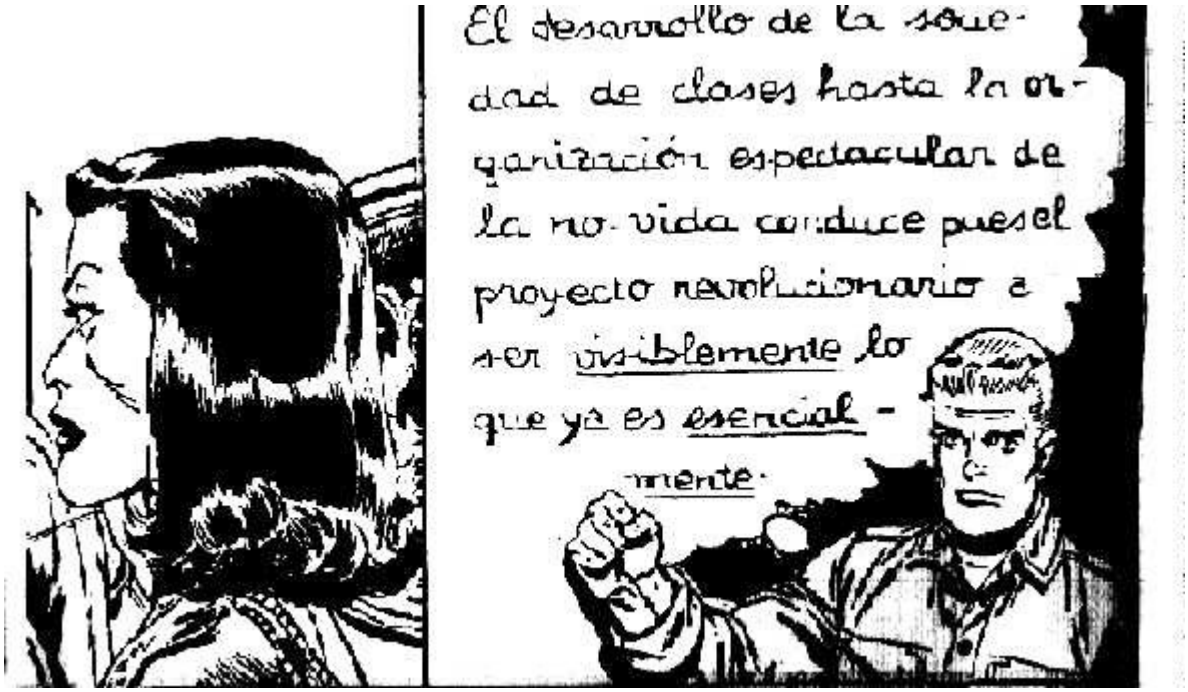
Enragés y situacionistas en el movimiento de las ocupaciones

René Viénet



Anticopyright - Ediciones Autónomas Todxs Moriremos, Pero el Enemigo Primero!!

En lo que concierne a la historia original... el contenido de estas historias es necesariamente limitado: su materia esencial consiste en lo que está vivo en la propia experiencia de la historia y en los intereses de los hombres; lo que está vivo y actual en su medio.
El autor describe lo que él más o menos ha participado, al menos todo lo que ha vivido: épocas poco extensas, figuras individuales de los hombres y de los sucesos... No es suficiente haber sido contemporáneo de los acontecimientos que se relatan o estar bien informado. El autor debe pertenecer a la clase y al medio social de los actores que describe; sus opiniones, su manera de pensar y su cultura deben de ser las mismas que las suyas. Para conocer bien los hechos y verles en su verdadero lugar, es

necesario situarse en la cumbre -no mirarlo desde abajo, por el agujero de la cerradura de la moralidad u otra sensatez.

HEGEL: La razón en la Historia

INDICE

1.- El regreso de la revolución social

2.- Los orígenes de la agitación en Francia

3.- La lucha en la calle

4.- La ocupación de la Sorbona

5.- La huelga general salvaje

6.- Profundidad y límite de la crisis revolucionaria

7.- El punto culminante

8.- El consejo para el mantenimiento de las ocupaciones y las tendencias consejistas

9.- El restablecimiento del Estado

10.- La perspectiva de la revolución mundial después del movimiento de las ocupaciones

ADVERTENCIA

El autor no trata de disimular adonde van sus simpatías. Así, pues, no resultará inútil entenderle precisar qué garantiza, y lo que puede probar, la exactitud de todos los sucesos relatados en este libro, *a fortiori*, de todos los textos citados. Sin embargo, si todo lo que escribe es verídico, seguramente no pretende hacer un informe satisfactorio que diese cuenta del conjunto histórico del movimiento de las ocupaciones. Por el momento, faltan la mayor parte de las informaciones relativas a la casi totalidad de las provincias y a la mayoría de las fábricas, incluidas las de la región parisina. Por otra parte, incluso limitándose al aspecto aquí estudiado, esencial, pero, sin embargo, circunscrito, del movimiento de las ocupaciones, el autor no ha creído conveniente dar cuenta de ciertas partes del acontecimiento del más alto interés para el historiador, sin duda, pero cuya divulgación podría ser utilizada contra diversas personas, como se puede comprender sin esfuerzo, teniendo en cuenta el momento preciso en que se ha terminado la redacción de este libro.
El autor ha tenido la dicha de poder disponer de la colaboración de varios miembros de la Internacional Situacionista, entre los cuales dos habían formado parte del ex "Grupo de los *Enragés*". Quisiera precisar que sin ellos, por todos los conceptos, no hubiera podido escribir este libro.

R.V. Bruselas, 26 de julio de 1968

Capítulo 1

El regreso de la revolución social

Por supuesto, el situacionismo no es el espectro que obsesiona a la civilización industrial, así como en 1848, el comunismo tampoco era el espectro que obsesionaba a Europa.

FRANÇOIS CHATELET, "Nouvelle Observateur", 3 de enero de 1968

La historia presenta pocos ejemplos de un movimiento social de la profundidad del que estalló en Francia en la primavera de 1968; al menos no ha habido ninguno en el que tantos cronistas se han puesto de acuerdo para decir que era imprevisible. Esta explosión ha sido una de las menos imprevisibles de todas. Resulta, sencillamente, que jamás el conocimiento y la conciencia histórica habían sido tan mistificados.

Los situacionistas, por ejemplo, que habían denunciado y combatido la "organización de las apariencias" en la fase espectacular de la sociedad mercantil, habían previsto muy exactamente desde hace muchos años la explosión actual y sus consecuencias. La teoría crítica, elaborada y difundida por la Internacional Situacionista hacía constar fácilmente, como condición previa a todo programa revolucionario, que el proletariado no había sido abolido, que el capitalismo continuaba desarrollando sus alienaciones; que en todas partes donde existe este antagonismo permanece el problema social planteado desde hace más de un siglo; que este antagonismo existe en toda la superficie del planeta. La I.S. explicaba el análisis y la concentración de las alienaciones por el retraso de la revolución. este retraso derivaba de una forma manifiesta de la derrota internacional del proletariado desde la contrarrevolución rusa y de la continuación complementaria del desarrollo de la economía capitalista. La I.S. sabía muy bien, como tantos obreros privados de la palabra, que la emancipación de los trabajadores tropieza en todas partes y siempre con las organizaciones burocráticas que son su *representación autonomizada*: burocracia constituida en clase, en Rusia y, subsiguientemente, en otros países, por su apropiación del poder estatal-totalitario; o bien, estrato social de cuadros privilegiados, sindicalistas o dirigentes de partidos al servicio de la burguesía moderna que trabajan para integrar en la gestión racional de la economía, la fuerza de trabajo de los que ellos erigen como agentes. Los situacionistas hacían constar que la falsificación permanente necesaria para la supervivencia de los aparatos burocráticos, falsificación dirigida en primer lugar contra todos los actos y todas las teorías revolucionarias era una pieza maestra de la falsificación generalizada en la sociedad moderna. También habían reconocido y se habían ocupado en alcanzar las nuevas formas de subversión, cuyos primeros signos se acumulaban, y que comenzaban confusamente a poner en claro, de las condiciones opresivas unificadas, la perspectiva de una crítica total. Así los situacionistas sabían y demostraban la posibilidad y la inmanencia de un nuevo comienzo de la revolución. Estas perspectivas a muchos les parecían paradoxales, incluso dementes. Ahora lo hemos visto.

En la presente vuelta de la revolución, es lo *histórico mismo* que es lo *inesperado* para los pensadores del Estado, como es natural, y para toda la canalla de la pseudo-crítica. es cierto que el análisis sólo alcanza lo real, participando en el movimiento real que suprime las condiciones existentes. La carencia organizada a este respecto es la que hace que el proceso vivido por todos no sea legible por todos. Es en este sentido que lo *familiar* de la vida alienada, y del rechazo de esta vida alienada, no es por ello *conocido*. Pero para la crítica revolucionaria que devuelve al movimiento práctico su propia teoría, deducida de él y llevada a la coherencia que persigue, seguramente no había nada tan previsible, nada tan previsto [1] como la nueva época de las luchas de clases que inaugura el movimiento de las ocupaciones. Los estalinianos, ideólogos de la forma burocrático-totalitaria de explotación, en Francia como en otros países estaban reducidos a un rol estrictamente conservador. Desde hacía mucho tiempo les era imposible tomar el poder, y la dislocación internacional del monolitismo burocrático que es su referencia obligada les cierra éste para siempre. Al mismo tiempo, esta referencia y la práctica que se deriva hacen también imposible su reconversión en aparato de tipo reformista burgués. La variante maoísta, que reproduce ilusoriamente, por la contemplación religiosa de un Oriente revolucionario de fantasía, el período conquistador del estalinismo, recitaba sus traducciones en un perfecto vacío. Las tres o cuatro sectas trotskistas se disputaban ávidamente la gloria de comenzar de nuevo 1917, tan pronto como hubiesen reconstruido al fin el partido idóneo. Estos "bolcheviques resucitados" eran demasiado fanáticos del pasado revolucionario, y de sus peores errores para solamente mirar la sociedad histórica. Algunos mezclaban a este exotismo histórico el exotismo geográfico de un revolucionarismo de subdesarrollo, más o menos guevarista. Si todos recogían desde hacía poco algunos militantes, no era de ningún modo el producto de alguna actualidad de sus análisis, sino solamente el de la descomposición de las burocracias llamadas comunistas.

En cuanto a los pseudo-pensadores modernistas de la protesta al detalle, los desperdicios del militantismo que habían ascendido en las pseudo-ciencias llamadas humanas, y que pensaban para todos los semanarios, es muy evidente que eran incapaces de comprender y *a fortiori* de prever sea lo que fuere. Efectivamente, se encontraban sometidos eclécticamente a casi todos los aspectos de los efectos especiales del viejo mundo. estaban ligados al mismo tiempo al Estado burgués, al estalinismo jadeante, al castro-bolchevismo rejuvenecido, a la psicosociología e incluso a su propia vida miserable. Respetaban todo. Mentían sobre todo. Aún se les encuentra hoy, todavía dispuestos a explicarnos todo.

Al contrario de esta mayor parte de las masas que, puestas en movimiento por la crisis revolucionaria de mayo, ha comenzado a comprender lo que estaba viviendo exactamente igual que lo que había vivido hasta entonces -y los que han podido desarrollar la conciencia más claramente han reconocido la teoría total de la revolución como la suya-, todos los especialistas de la ideología o del activismo supuestos contestatarios y subversivos, de la misma manera que no habían previsto nada, nada comprendieron. En estas condiciones, ¿qué pueden hacer? Piedad. Han vuelto a tocar serenamente su música habitual en el naufragio de este tiempo muerto donde habían podido creerse la futura élite de la revolución. El aire previsto desde hace mucho tiempo para su bautismo resonaba para su entierro.

De hecho, el proceso de reaparición de la crítica teórica y de la crítica en actos constituía históricamente una unidad objetiva. Las nuevas necesidades de la época creaban su propia teoría, y sus teóricos. El diálogo que así se presentaba, aunque limitado y alienado por las condiciones ambientales de la separación, iba hacia su organización subjetiva consciente, y por el mismo movimiento cada una de estas críticas comienza a descubrir la totalidad de sus tareas. Una y otra han surgido *primero* como lucha contra los nuevos aspectos de la explotación en la sociedad de clases. Por una parte, las huelgas salvajes del Oeste, y las insurrecciones obreras del Este, han inaugurado en la práctica la lucha contra las burocracias de estatutos diferentes. Por otra, la presente teoría revolucionaria ha comenzado por una crítica de las condiciones de existencia inherentes al capitalismo superdesarrollado: la pseudo-abundancia *de la mercancía* y la reducción de la vida al *espectáculo*, el urbanismo opresivo y la ideología, comprendida como estando siempre al servicio de especialistas de la dominación. Cuando la Internacional Situacionista formuló una teoría coherente de esta realidad, demostró al mismo tiempo la negación en la realización conjunta del arte y de la filosofía, en la liberación de la vida cotidiana[2]. Lo que así era radicalmente nuevo encontraba también la vieja verdad del movimiento proletario provisionalmente reprimido. El programa actual vuelve a descubrir a un nivel superior el proyecto de la abolición de las clases, del acceso a la historia consciente, de la construcción libre de la vida; y vuelve a descubrir la forma de los *Consejos Obreros* como medio.
El nuevo desarrollo revolucionario en los países industrializados, que están en el centro de toda la historia moderna, puede ser fechado por el sublevamiento obrero de 1953 Berlín-Este, oponiendo a la impostura burocrática en el poder su exigencia de "un gobierno de metalurgistas". La revolución húngara de octubre de 1956 inició la realización del poder de los Consejos: aunque sobre la base de un país insuficientemente industrializado y en las condiciones específicas de una sublevación nacional contra una opresión extranjera, el empobrecimiento y el terror generalizados.
El desencadenamiento de la agitación de los estudiantes, en Berkeley en 1964, denunciaba la organización de la vida en el país capitalista más desarrollado, comenzando por la naturaleza de su enseñanza, y daba la señal de una revuelta que se extendió después a casi todos los países europeos [3]. Sin embargo, esta revuelta, aunque avanzada por algunos de sus temas principales, resultaba *parcial* en la medida que se limitaba al "medio estudiantil" -él mismo objeto de rápidas transformaciones siguiendo las exigencias del capitalismo moderno- y en la medida en que su reciente conciencia política se quedaba muy fragmentaria, y sometido a diversas ilusiones neo-leninistas, incluido con frecuencia el imbécil respeto a la farsa maoísta de "revolución cultural". El problema negro, la guerra del Vietnam y Cuba ocupaban un lugar desproporcionado, y mistificante, en la lucha, aunque real, de los estudiantes norteamericanos. Este "anti-imperialismo", reducido a una aprobación netamente contemplativa, ha dominado casi siempre los movimientos de estudiantes de Europa. Desde el verano de 1967, las manifestaciones de los estudiantes de Berlín-Oeste tomaron un cariz violento; se extendieron por toda Alemania como respuesta al atentado contra Dutschke. Los italianos fueron más lejos a partir de diciembre de 1967, particularmente en Turín, ocupando sus facultades, provocando al comienzo del año de 1968 el cierre de las principales universidades del país.
En la crisis actual del poder burocrático en Checoslovaquia, único país avanzado industrialmente, jamás conquistado por el estalinismo, se trata esencialmente de una arriesgada tentativa de la clase dominante para corregir el funcionamiento de su economía seriamente debilitada, fue bajo la presión de una agitación llevada a cabo al final de 1967 por los estudiantes y la inteligentsia, que la burocracia se decidió a correr ese riesgo. Los obreros, poniéndose en huelga y comenzando a reivindicar la gestión directa de las fábricas, son desde ahora la principal amenaza que pesa sobre un orden burocrático obligado a fingir una liberación.
La apropiación burocrática de la sociedad es inseparable de una posesión totalitaria del Estado, y del reino absoluto de su ideología. La ausencia de censura, la garantía de libertad de expresión, el derecho de asociación, plantean a corto plazo en Checoslovaquia esta alternativa: bien una represión, declarando el carácter ficticio de estas concesiones; o bien el asalto proletario contra la propiedad burocrática del estado y de la economía, que se encontraría desenmascarado desde el momento en que la ideología dominante debiera privarse por algún tiempo de la omnipresencia de su policía. La resultante de semejante conflicto [4] interesa enormemente a la burocracia rusa, cuya supervivencia incluso se encontraría afectada por una victoria de los trabajadores checos.
En el mes de marzo, el importante movimiento de los estudiantes polacos ha estremecido también al régimen de Gomunlka, procedente de la reforma burocrática lograda después de la crisis de 1956 y el aplastamiento de los obreros húngaros. El plazo conseguido en esta época llega a su vencimiento. Pero la clase obrera no se ha unido esta vez a los estudiantes, quienes han sido reprimidos en el aislamiento. únicamente los pseudo-obreros, activistas del partido y policías paralelas, han intervenido en el momento de la crisis.
En Francia, donde un paso decisivo acaba de ser franqueado, es donde el movimiento encuentra todos sus fines profundos. Los obreros de un país capitalista moderno han regresado masivamente a la lucha radical. Se plantea todo de nuevo. Las mentiras de una época se derrumban. Ya nada puede existir como antes. Europa puede dar saltos e alegría gritando: ¡Muy bien socavado, vieja topo!
El escándalo situacionista de Estrasburgo, en diciembre de 1966, había doblado las campanas por el sindicalismo estudiantil en Francia. El buró local de la U.N.E.F. se había declarado súbitamente a favor de las tesis de la I.S. publicando el folleto de Mustapha Khayati *De la Misère en milieu etudiant*. El método empleado, las causas que se derivaron, la implacable coherencia del

informe, fueron el gran suceso de este libelo. A este respecto se puede hablar de una primera tentativa acertada para comenzar a comunicar la teoría revolucionaria a las corrientes que la justifican. Una decena de traducciones extendieron particularmente la audiencia de este texto, sobre todo en Estados Unidos y en Italia. Si su efecto práctico fue muy escaso en Francia en lo inmediato fue debido a que este país no se encontraba comprometido por el momento en las luchas ya comenzadas en otras partes. No obstante, es posible que sus argumentos no hayan sido extraños al desprecio que una facción de los "estudiantes" franceses, mucho más categóricamente que en cualquier otro país, debía afirmar poco tiempo después por el conjunto del medio estudiantil, de sus reglas y de sus finalidades.
La riqueza de la situación revolucionaria en Francia, que ha asestado al estalinismo el golpe más duro que jamás haya sufrido en Occidente, se expresa por el simple hecho de que la clase obrera se ha hecho cargo espontáneamente de una gran parte del movimiento que contenía explícitamente una crítica de la jerarquía, de la mercancía, de la ideología, de la supervivencia y del espectáculo. Por lo demás, es significativo comprobar que las posiciones, o las frases, de los dos libros de teoría situacionista aparecidos en Francia en los últimos días de 1967 [5] se encuentran trasladados sobre los muros de París y de varias ciudades de provincia por la corriente más avanzada de la revuelta de mayo; la mayoría de estas tesis ocupaba la mayoría de los muros. Como se podía esperar la teoría situacionista se ha convertido en una fuerza práctica que capta a las masas.

1. PHILIPPE LABRO, describiendo la atmósfera francesa antes de la crisis en su libro *Ce n'est qu'un debut* (E.P.P. Denoël) se aventura a anotar que "los situacionistas creían hablar en el vacío" (página 8). He aquí una audaz inversión de lo real. Por supuesto, era Labro -como tantos otros- quien creía que los situacionistas hablaban en el vacío.
2. La palabra "situacionismo" jamás empleada por la I.S., que es radicalmente hostil a todo establecimiento doctrinal de una ideología, ha sido constantemente manejada por la prensa y combinada por las más fantásticas definiciones: "vanguardia del movimiento estudiante", *20 Ans*de junio de 1968, técnica del "terrorismo intelectual" para *Le Journal de Dimanche* del 19 de mayo, etc. A pesar de la evidencia de un desarrollo por parte de la I.S. del pensamiento histórico procedente del método de Hegel y Marx, la prensa se ha ocupado en asimilar los situacionistas al anarquismo. La definición de *Carreforu* del 8 de mayo, "más anarquistas que los anarquistas, que ellos encuentran demasiado burocráticos", es el modelo del género.
3. Conviene señalar, sin embargo, la persistencia de la lucha en la calle llevada a cabo por los estudiantes radicales japoneses de la *Zengakuren*, desde 1960. Su ejemplo era cada vez más citado en Francia en los últimos años. La posición política de su "Liga Comunista Revolucionaria", a la izquierda del trotskismo, y opuesta al mismo tiempo al imperialismo y a la burocracia, era menos conocida que sus técnicas de combate.
4. Tres semanas después de que este libro fuese enviado al editor, la intervención del ejército ruso en Checoslovaquia, el 21 de agosto, ha demostrado que la burocracia debía impedir a cualquier precio el proceso en curso. Todos los "compañeros de viaje" occidentales de la burocracia, que fingen asombro y disgusto, son naturalmente menos lúcidos que sus amos, respecto a los intereses vitales de éstos últimos. (Nota añadida en octubre de 1968. R.V.)
5. *La sociedad del espectáculo*, de GUY DEBORD (traducido al español, Castellote editor) y *Tratado del saber vivir para el uso de nuevas generaciones*, de RAOUL VANEIGEM (Anagrama).

Capítulo 2

Los orígenes de la agitación en Francia

"Por supuesto, los utopistas también pueden ver correctamente la situación de hecho de la cual hay que partir. Si se quedan en simples utopistas es que no están en condiciones de verla más que como un hecho visto, a lo sumo, como un problema a resolver, sin llegar a comprender que es concretamente ahí, en el mismo problema, donde se encuentran los datos, la solución y el camino que conduce a la solución."

LUCKACS, Historia y conciencia de clase

El rechazo que abarcaba ya en varios países considerables estratos de la juventud, todavía no significaba en Francia más que una mínima franja de grupos avanzados. No se podía observar ninguna tendencia a la "crisis" económica, ni siquiera política. La agitación iniciada en enero de 1968 en Nanterre por cuatro o cinco revolucionarios que iban a construir el grupo de los *Enragés*, debía ocasionar dentro de cinco meses la casi liquidación del Estado. Esto hace reflexionar. La profunda crisis que entonces estaba latente en Francia existe igualmente en todas las demás sociedades burguesas modernas. Lo que faltaba, era una perspectiva revolucionaria real y su organización práctica. Jamás una agitación emprendida por un número tan pequeño de individuos ha ocasionado en tan poco tiempo tales consecuencias.

El mismo régimen gaullista no tenía ninguna importancia particular en el origen de esta crisis. El gaullismo no es otra cosa más que un régimen burgués que trabaja en la modernización del capitalismo, exactamente como el laboralismo de Wilson. Su principal característica, y su éxito, residen en el hecho de que la oposición en Francia se encuentra aún más en condiciones de inferioridad que en otras partes para hacerse atractiva con el fin de hacer lo mismo. Sin embargo, hay que tener en cuenta dos aspectos específicos: el acceso al poder del gaullismo mediante complots y pronunciamiento militar, que le ha marcado por un cierto desprecio de la legalidad; la preocupación personal de un prestigio arcaico en De Gaulle [1].

La modernización de la economía francesa y su adaptación al Mercado Común, sin presentar ningún carácter dramático, no marchaban sin ocasionar una ligera reducción de los salarios reales por el rodeo de las ordenanzas gubernamentales sobre la Seguridad Social, un crecimiento de las dificultades del empleo, principalmente para los jóvenes trabajadores. Este fue el pretexto del ejemplar motín obrero de Caen, en enero, cuando los trabajadores sobrepasaron las reivindicaciones sindicales y saquearon los comercios. En marzo, los metalurgistas de la fábrica Garnier de Redon supieron atraer en su huelga victoriosa a todas las empresas de la ciudad, creando conexión independiente de los sindicatos y organizando la autodefensa para hacer retirar las C.R.S.

Las repercusiones directas del golpe de Estrasburgo se hicieron en primer lugar sentir en la ciudad universitaria de Jussieu, cerca de Lyon, cuyos residentes, desde la primavera de 1967, habían abolido radicalmente el reglamento durante varias semanas, superando así el debate académico sobre la reforma de los estatutos anti-sexuales. En Nantes, los "estudiantes", a partir de noviembre de 1967, no se quedaron ahí. Después de haberse apoderado de la sección local de la U.N.E.F., como en Estrasburgo, decidieron el cierre del "Bureau d'Aide Psychologique Universitaire" (B.A.P.U.). Después de lo cual organizaron en varias ocasiones la invasión de las residencias universitarias: los chicos en las de las chicas y viceversa. A continuación, en febrero, ocuparon el rectorado de Nantes y se enfrentaron duramente con la policía. Como escribía *Rivarol* del 3 de mayo de 1968, "es posible que se olvide demasiado que, desde febrero, los motines de Nantes mostraban el verdadero rostro de estos "situacionistas", 1500 estudiantes detrás de las banderas rojas y negras, el Palacio de Justicia ocupado...".

La formación del grupo de los *Enragés* se realiza con motivo de una lucha contra la presencia policial en el *campus* de Nanterre. Se hicieron fotos de policías de paisano. El 26 de enero, en el interior de la facultad los clichés ampliados fueron paseados sobre pancartas. Este acto ocasiona inmediatamente, a petición del Decano Grappin [2], la intervención de unos sesenta policías en uniforme, que fueron repelidos tras un breve enfrentamiento. Todos los militantes de los grupos izquierdistas, unos cien, se habían unido al núcleo inicial. Este último se componía de los *Enragés* propiamente dichos y una docena de anarquistas. Los *Enragés* figuraban todos entre los elementos inasimilables en el actual sistema universitario. Además, estos "gamberros del *campus*" habían encontrado su acuerdo teórico en la plataforma de la Internacional Situacionista. Se proponían perturbar sistemáticamente el insoportable orden de cosas, comenzando por la universidad.

El terreno era particularmente escandaloso. Nanterre era moderna en la elección de los titulares de cátedra exactamente como en su arquitectura. Aquí es donde pontificaban los pedantes del pensamiento sometido, los bribones de la recuperación, los patanes modernistas de la integración social, los Lefebvre y los Touraine. [3] El decorado estaba en armonía: con los "conjuntos urbanísticos" y con las chabolas que les son complementarias, el urbanismo del aislamiento había injertado un centro universitario, como microcosmo de las condiciones generales de la opresión, como alma de un mundo sin alma. El programa, pues, de no dejar hablar

ex cathedra a los especialistas de la falsificación y de disponer de los muros para un vandalismo crítico, debía hacer el máximo efecto. Esto fue un hueco para escapar de la estéril protesta harta desde hacía años contra las molestias de los internos en las residencias o la reforma Fouchet, tartas de merengue de la U.N.E.F. y de todos los que condiaban su dirección.
Cuando los *Enragés* comenzaron a interrumpir los cursos de los sociólogos, y de algunos otros, la U.N.E.F. y sus infiltrados izquierdistas reaccionaron con indignación. En varias ocasiones trataron de proteger ellos mismos a los profesores. Los anarquistas, aunque tenían algunas aspiraciones al buró local de la U.N.E.F., permanecieron neutrales. Entre ellos Daniel Cohn-Bendit, que ya se había tallado una especie de reputación excusándose de haber insultado a un ministro, también fue amenazado de ser excluido de la U.N.E.F. -pues formaba parte- por una moción de los trotskistas de la futura "Federación de los estudiantes revolucionarios" (entonces C.L.E.R.). Al final, el C.L.E.R. retiró su moción debido a que Cohn-Bendit, de nacionalidad alemana, se encontraba en este momento citado ante la comisión de expulsión de la Prefectura de Policía. Una cierta agitación política hacía ya eco a los escándalos de los *Enragés*. Se instauró la costumbre de repartir octavillas en el interior de los locales. La canción de los *Enragés* sobre Grappin -la célebre Grappignol-, su primer cartel en forma de comic, aparecieron con ocasión de la "jornada nacional" de ocupación de las residencias universitarias, el 14 de febrero. Por todas partes, el tono subía.
El 21 de febrero, *Le Nouvelle Observateur* lloraba sobre Nanterre: "La izquierda ha explotado"; e incluso "grupo de los *Enragés* que no los constituyen más que tres o cuatro representantes de la Internacional Situacionista". El mismo día, una octavilla de los *Enragés* precisaba que ellos "nunca han pertenecido a la Internacional Situacionista, y que en consecuencia no podían representarla. A la represión le sería muy fácil si cualquier manifestación un poco radical en un *campus* fuese el hecho de un complot situacionista. (...) Dicho esto, aprovechamos la ocasión para volver a afirmar nuestra simpatía con respecto a la crítica situacionista. Nuestro acuerdo con la teoría radical se podrá juzgar por nuestros actos".
El 22 de marzo, los grupos izquierdistas, como protesta contra la interpelación en París de seis "militantes anti-imperialistas", invadieron el edificio administrativo y tuvieron una asamblea en la sala del Consejo de la facultad. En nombre de los *Enragés*, René Riesel exigió que fuesen expulsados inmediatamente dos observadores de la administración y los pocos estalinianos presentes. Un responsable anarquista, colaborador habitual de Cohn-Bendit, al sostener entonces que "los estalinianos que están esta noche aquí ya no son estalinianos", los *Enragés* abandonaron inmediatamente la asamblea, como protesta por esta cobarde alusión. Además se les había acusado de querer saquear los locales. Se vieron obligados a escribir sus slogans [4] en todos los muros, inaugurando así una forma de agitación cuyo éxito fue fulminante, y que iba a devenir una de las características originales del período de las ocupaciones. La concentración de elementos izquierdistas de diversas pertenencias, que debía en las próximas semanas, recibir de la prensa sus nombres sucesivos -"Movimiento de los 142", luego "Movimiento del 22 de marzo"- comenzó, pues, a constituirse esta noche sin los *Enragés* y contra ellos.
"El Movimiento del 22 de marzo" era desde el principio un conglomerado ecléctico de individuos adherentes a título personal. Todos estaban de acuerdo en el hecho de que les era imposible entenderse sobre ningún punto teórico y contaban con "la acción común" para superar esta carencia. Sin embargo, había un *consensus* sobre dos sujetos, una trivialidad irrisoria y una nueva exigencia. La trivialidad era la "lucha" anti-imperialista, herencia del período grupuscular contemplativo que se iba a acabar: Nanterre, Vietnam de la periferia, al sostener decididamente el justo combate de la Bolivia insurrecta. La novedad era la democracia directa de la organización. Es verdad que esta intención sólo ha sido muy parcialmente realizada en el "22 de mayo" por el hecho de la doble pertenencia, discretamente silenciada o nunca tomada en consideración, de la mayoría de sus miembros. había de todo, maoístas, J.C.R., anarquistas de toda índole -desde ruinas de la "Federación Anarquista" hasta activistas de la "Federación Ibérica de Juventudes Libertarias"- y hasta sospechosos o cómicos de los "grupos de investigación institucional" (F.G.E.R.I.) [5].
El mismo Cohn-Bendit pertenecía al grupo anarquista independiente, y semi-teórico, de la revista *Noir et Rouge*. Tanto por este hecho como por sus cualidades personales, Cohn-Bendit se situaba en la tendencia más radical del "22 de marzo"; incluso resultaba ser más realmente revolucionario que todo el resto del movimiento del que se convirtió en portavoz y que tuvo, pues, que soportar. [6] Insuficientemente inteligente, informado confusamente por personas interpuestas de los problemas teóricos de la época, hábil para divertir a un público de estudiantes, bastante franco para extenderse como una mancha de aceite sobre el fórum de las maniobras políticas izquierdistas, bastante flexible para arreglarse con sus responsables, era un revolucionario honesto, aunque sin genio. Sabía mucho menos de lo que hubiera debido saber; y de lo que sabía no hizo el mejor empleo. Además, al aceptar sin crítica real el rol de vedette que se exige ante el primer llegado de los reporters de la información espectacular, debía naturalmente ver sus declaraciones que siempre eran una mezcla de lucidez, y algunas tonterías, agravadas en este último sentido por las deformaciones inherentes a una comunicación de esta naturaleza. En abril, declaraba aún a quien quisiera escucharle que él era un moderador y de ninguna manera un *enragé*. Este fue el momento en que, a continuación de un ministro, la prensa comenzó a llamar *enragés* a todos los descontentos de Nanterre.
En efecto, el "22 de mayo" había obtenido en algunos días el principal éxito del que el conjunto del movimiento efectivamente le debe, y que no tiene relación alguna con sus charlatanerías sobre la "universidad crítica", plagiadas de los ejemplos alemán e italiano cuya inanidad ya estaba demostrada [7]. Mientras que todos

los esfuerzos de su comisión "Cultura y Creatividad" no han superado nunca un estetismo revolucionario que las huellas descuidadas del "situacionismo" no conseguían hacer interesante, el proyecto, tontamente "anti-imperialista", de mantener un mitin en Nanterre el 29 de marzo trajo al Decano Grappin a la primera y la más grave de las consecuencias de una serie de errores administrativos que iban a permitir la rápida extensión de la agitación. Grappin cerró su facultad por dos días. El espectro amenazador de "una docena de *enragés*" se convertía desde entonces en una obsesión a escala nacional.

Entre los más intranquilos, *L'Humanité* de 29 de marzo denunciaba las "acciones de comando emprendidas por un grupo de anarquistas y de 'situacionistas' de los que una de las consignas mancha la fachada de la facultad: "*¡No trabajéis!*". para esta cuarentena de estudiantes la acción consistía desde hace semanas en "intervenir" en las aulas, en las reuniones de trabajos prácticos... ocupar edificios y eventualmente cubrir los muros con inscripciones gigantes. ¿Cómo una cuarentena de elementos irresponsables ha podido provocar decisiones tan graves que conciernen a 12000 estudiantes de Letras y 4000 de Derecho?

En este momento, cuando comenzó la represión ya era demasiado tarde. Sin duda, un miembro del grupo de los *Enragés*, Gérard Bogorgne, pudo ser expulsado el 1º de abril por cinco años de todos los establecimientos de enseñanza superior de Francia [8], sin que el "22 de marzo", sus periodistas, ni evidentemente ningún otro grupo izquierdista lo mencionasen. pero las renovadas amenazas de expulsión contra Cohn-Bendit, ya bastante célebre, y seguramente más defendibles para mucha gente, la decisión anunciada de diferir al 6 de mayo, ante la comisión de instrucción del Consejo de la Universidad de París, a Cohn-Bendit, a Riesel y a otros seis agitadores de Nanterre, además del nuevo cierre *sine die* de Nanterre a partir del 2 de mayo, provocaron una extensión de la protesta entre los estudiantes de París. El "22 de marzo" y la U.N.E.F. llamaron para el viernes 3 de mayo a un mitin en el patio de la Sorbona. Al intentar la dispersión de este mitin, las autoridades descubrieron la fuerza ya acumulada por el movimiento y le dieron la ocasión de franquear el paso decisivo. Cuanto les parecía imposible un tal desarrollo a los observadores especializados, he aquí lo que atestigua a la perfección la fina profecía del ridículo Escarpit, al escribir en *Le Monde* el mismo día (fecha del 4 de mayo): "Nada es menos revolucionario, nada es más conformista que la pseudo-ira de un rompecristales, incluso vistiendo su mandarinoclastia de un lenguaje marxista o situacionista".

1. La ironía del tiempo ha hecho que este prestigio, que faltaba por completo en Francia desde hace cerca de cien años, sólo comenzó a aparecer con el reciente movimiento, justamente haciendo saltar en pedazos el prestigio en estuco del gaullismo.

2. Llamado, a partir de esta fecha, Grappin-la-Matraque.

3. Touraine había descubierto a finales de los años cincuenta que el proletariado había desaparecido. Aún insiste, en julio de 1968: "Lo digo yo, la clase obrera en tanto que clase ya no es en su conjunto una clase revolucionaria en Francia." (*In* Labro *Ce n'est pas qu'un debut.*)

4. "Tomad vuestros deseos por la realidad"; "El aburrimiento es contrarrevolucionario"; "Los sindicatos son burdeles"; "No trabajéis jamás".

5. No ha habido jamás, en este desván, un solo situacionista, contrariamente a la mentira de Emile Cofermann en su presentación del libro de necedades publicado por el "22 de marzo" bajo el título *Ce n'est pas qu'un debut, continuons le combat,* (Ediciones Maspero)

6. Cohn-Bendit, en cantidad de interviews, ha multiplicado las concesiones al maoísmo, por ejemplo en *Le Magazine Literaire*, de mayo de 1968, "El Maoísmo, yo no sé muy bien lo que es. He leído algunos "rollos" de Mao que son ciertos. Su tesis en apoyo de la gente campesina ha sido siempre una tesis anarquista."

7. Todos los elogios sociológico-periodísticos sobre la "originalidad" del "22 de marzo" ocultan el simple hecho de que su amalgama izquierdista, nueva en Francia, es copia del S.D.S. americano igualmente ecléctico, democrático y frecuentemente infiltrado por diversas viejas sectas izquierdistas. El *Sunday Times* del 22 de julio, exponiendo con una perfecta incomprensión las tesis de la I.S. que considera como "probablemente la más avanzada de las facciones radicales", ve a pesar de todo que "Cohn-Bendit es un conservador superado" si se le compara a tales "absolutistas".

8. Se le reprochaba su desprecio abierto del reglamento universitario y su actitud ante el Consejo de la Universidad fue efectivamente escandalosa.

Capítulo 3

La lucha en la calle

"Sé que no les tiene en cuenta, porque la corte está armada; pero le suplico permitirme decirle que se les debe tener muy en cuenta, cada vez que ellos se tienen en cuenta a sí mismos para todo. Han llegado a este extremo; comienzan a no tener en cuenta vuestros ejércitos, y la desgracia es que su fuerza consiste en su imaginación; y en verdad se puede decir que al contrario de todas las demás fuerzas de poder, ellos pueden, cuando han llegado a un cierto punto, todo lo que creen poder."

CARDENAL DE RETZ, Memorias

El mitin del 3 de mayo, en sí mismo, era trivial: tres o cuatrocientos asistentes, como de costumbre, habían respondido a la consigna. Algunas decenas de fascistas del grupo "Occidente" contramanifestaron a primeras horas de la tarde en el bulevar Saint-Michel. Varios Enragés que se encontraban en la Sorbona sugirieron organizar la autodefensa. Se tuvieron que romper algunos muebles ante la falta de cachiporras. El rector Roche y sus policías creyeron oportuno aprovechar este pretexto para obrar con severidad. La policía y la gendarmería móvil invadieron la Sorbona sin encontrar resistencia. Los estudiantes fueron acorralados en el patio. Se les propuso retirarse libremente. Aceptaron, y efectivamente se dejó pasar a los primeros. La operación duró tiempo y otros estudiantes comenzaron a agruparse en el barrio, los últimos doscientos estudiantes de la Sorbona, entre los cuales todos los responsables, fueron detenidos. El Barrio Latino se sublevó al pasar los autocares que los llevaban. [1]

Era la primera vez desde hacía mucho tiempo que en París unos millares de manifestantes resistían a la policía tan enérgicamente y durante tanto tiempo. Cargas incesantes, recibidas con lanzamiento de adoquines, no consiguieron durante varias horas desalojar el bulevar Saint-Michel y las calles adyacentes. Fueron detenidas seiscientas personas.

Como reacción inmediata, el Sindicato Nacional de la Ense¤anza Superior, después de la U.N.E.F., lanzaron la consigna de una huelga ilimitada en la ense¤anza superior. La condena de cuatro estudiantes a penas de prisión, pronunciadas el domingo 5 de mayo, contribuyó mucho más a endurecen la manifestación que estaba prevista para las seis horas a fin de presionar al Consejo de la Universidad.

Naturalmente, los estalinianos hacían todo lo posible para romper el movimiento. El editorial de Georges Marchais en *L'Humanité* del 3 de mayo, que exponía esta política casi a nivel de parodia indignó a la masa de estudiantes. Fue a partir de este momento que los estalinianos se vieron rechazar la palabra en todos los centros de agitación revolucionaria que el movimiento de los estudiantes iba a crear.

Toda la mañana del 6 de mayo se distinguió por las manifestaciones que desde las primeras horas de la tarde se convirtieron en motín. Las primeras barricadas fueron levantadas en la plaza Maubert y defendidas durante tres horas simultáneamente, se desarrollaban combates en la parte de abajo del bulevar Saint-Michel, Plaza de Châtelet, y en Las Halles. A primera hora de la noche, los manifestantes, que eran más de diez mil, se mantenían principalmente en la zona de la Plaza de Saint-Germain-dés-Prés, donde se les unieron la mayor parte del cortejo organizado por la U.N.E.F. en Denfert-Rochereau. [2] "Lo que va a suceder, escribía *Le Monde* del 8 de mayo, va a sobrepasar en violencia y en amplitud todo lo que se ha producido en esta jornada ya sorprendente en todos los conceptos. Esto será una forma de combate de calle que alcanzará a veces una especie de frenesí, en que cada golpe asestado será inmediatamente recibido, en que el terreno apenas conquistado ya es recuperado... Momentos dramáticos y no razonables durante los cuales, para el observador, parecía soplar un viento de locura". Y *L'Aurore*, del 7 de mayo, se¤ala: "Advertimos al lado de los manifestantes bandas de *blousons noirs*, armados de barras de hierro, que han bajado de las puertas de París para echar una mano a los estudiantes." Los últimos enfrentamientos continuaron hasta la media noche, sobre todo en Montparnasse.

Por primera vez se volcaron e incendiaron coches a través de las calles; se desempedraron las calles para hacer barricadas; se saquearon comercios. La práctica de estas inscripciones subversivas experimentadas en Nanterre comenzó este día a propagarse en varios barrios de París. A medida que se reforzaban las barricadas y las facilidades de contraataque de los amotinados, las fuerzas de policía estaban obligadas a abandonar el método de las cargas directas por una lucha de posiciones, empleando principalmente la granada ofensiva y el gas lacrimógeno.

Este día se distingue por la intervención en la lucha de los primeros obreros, y alumnos de segunda ense¤anza que desde la mañana temprano organizaron manifestaciones *blousons noirs* y parados. La espontaneidad y la violencia de esta serie de motines contrastaba con la simpleza de los fines y slogans de sus iniciadores universitarios . [3] Y ya el hecho de que los *blousons noirs* hayan podido pelearse gritando "La Sorbona para los estudiantes" demuestra el fin de todo un período. Ocho días después, estos *blousons noires* se encontraban en la Sorbona.

La U.N.E.F., que no había cesado de desaprobar las violencias durante las manifestaciones, se vio obligada desde el día siguiente a corregir verbalmente su actitud a

fin de evitar el desprestigio total y así poder continuar su actividad moderadora. En cambio, los estalinianos de la C.G.T., no queriendo comprometerse, prefirieron separarse completamente de la masa de los estudiantes para preservar su control sobre los obreros mantenidos en el aislamiento. Seguy, en una conferencia de prensa en la mañana del día 7, anunciaba: "Ninguna complacencia hacia los elementos confusos y provocadores que denigran la clase obrera acusándola de haberse aburguesado y tienen la osada pretensión de querer inculcarle la teoría revolucionaria y dirigir su combate. Con otros izquierdistas, ciertos elementos se ocupan de vaciar el sindicalismo estudiante de su contenido reivindicativo, democrático y de masa en perjuicio de la U.N.E.F. Pero actúan con la plena satisfacción del poder...". Debido a este contexto preciso, Geismar, Sauvageot y Cohn-Bendit pudieron convertirse en *líderes aparentes* de un movimiento sin líderes. La prensa y la radio-televisión que buscaban jefes no encontraron más que a ellos. Se convirtieron en los inseparables personajes fotogénicos de un espectáculo adherido deprisa a la realidad revolucionaria. Aceptando este rol, hablaban en nombre de un movimiento que no comprendían. Por supuesto, por este quehacer tuvieron que aceptar, a medida que se manifestaban, la mayor parte de sus tendencias revolucionarias. (Cohn-Bendit fue el que supo reflejar un poco mejor el contenido radical). Pero esta Santa Familia de neo-izquierdistas improvisados, al no poder ser más que la deformación espectacular del movimiento real, presentó también su más caricaturesca imagen. Su Trinidad continuamente ofrecida a los *mass-media* representaba, de hecho, lo contrario de la verdadera *comunicación* que se buscaba y realizaba en la lucha. Evidentemente este trío de atractivo ideológico en 819 líneas no podía decir más que lo aceptable -es decir, lo deformado y lo recuperado- que tal forma de transmisión soporta; mientras que precisamente el sentido del momento que les había propulsado de la nada era categóricamente *lo inaceptable*.

La manifestación del 7 de mayo fue también custodiada por la U.N.E.F. y sus dirigentes infiltrados que se limitó a un interminable paseo permitido sobre un itinerario aberrante: de Denfert a L'Etoile, ida y vuelta. Los organizadores únicamente pedían la reapertura de la Sorbona, la retirada de la policía del Barrio Latino y la liberación de los estudiantes condenados. Continuaron divirtiendo la alfombra durante los dos días siguientes en los que no hubo más que escaramuzas sin importancia. Pero el gobierno tardó en satisfacer sus modestas exigencias. Prometía volver a abrir la Sorbona, pero Sauvageot y Geismar, ya acusados de traición por la base impaciente, tuvieron que anunciar que el edificio sería ocupado día y noche para permitir un *sit-in* consagrado a "discusiones sobre los problemas de la universidad". En estas condiciones el ministro Peyrefitte mantuvo la guardia policíaca de la Sorbona, abriendo Nanterre como test para medir la "buena voluntad" de los estudiantes.

El viernes 10 de mayo [4] más de veinte mil personas se reunieron otra vez en la plaza Denfert-Rochereau. Los mismos organizadores discutieron sobre el lugar donde podrían conducir la manifestación. Después de un largo debate se decidieron por la O.R.T.F., pero con un rodeo previo por el ministerio de Justicia. Al llegar al Barrio Latino los manifestantes encontraron interceptadas todas las salidas hacia el Sena, lo que daba el remate a este itinerario tan absurdo. Decidieron permanecer en el Barrio hasta que no les fuera entregada la Sorbona. Hacia las 21 horas comenzaron espontáneamente a levantar barricadas. Cada uno reconoció ahí la realidad de sus deseos. Jamás la pasión por la destrucción se había mostrado más creadora. Todos se precipitaron a las barricadas.

Los líderes ya no tenían la palabra. Tuvieron que aceptar el hecho consumado, tratando tontamente de quitarle importancia. Creyeron que las barricadas solamente serían defensivas; *-que no se provocase a la policía!* Sin duda las fuerzas del mantenimiento del orden cometieron una grave falta técnica dejando levantar las barricadas, sin tomar inmediatamente el riesgo de un asalto para retirarlas. Pero la instalación de un sistema de barricadas que tiene sólidamente todo un barrio *era ya* un paso imperdonable hacia la negación del Estado: cualquier forma de poder estatal estaba obligado a reconquistar a corto plazo la zona de las barricadas que se le había ido de las manos o si no desaparecer. [5]

El barrio de las barricadas delimitaba por el bulevar Saint-Michel al oeste, la calle Claude-Bernard al sur, la calle Mouffetard al este, la calle Soufflot y la plaza del Panthéon al norte, líneas que sus defensas cercaban, pero sin controlarlas. Sus principales arterias eran la calle Gay-Lussac, Lhomond y Tournefort, orientadas noroeste-sudeste; y la calle d'Ulm en la dirección norte-sur. Las calles Pierre-Curie y Ursulines-Thuillier, constituían sus únicas comunicaciones de este a oeste. El barrio en manos de los insurrectos conoció una existencia independiente entre las 22 horas y las 2 horas de la mañana. Atacado a las 2 horas 15 por las fuerzas que lo rodeaban por todas partes, consiguió defenderse más de tres horas, perdiendo siempre terreno en el oeste y resistiendo hasta las 5 horas 30 en las inmediaciones de la calle Mouffetard.

Unos 1500 a 2000 barricadores se habían quedado dentro del perímetro en el momento del ataque. Estudiantes se podían contar por algo menos de la mitad. Estaban presentes una mayoría de alumnos de segunda ense¤anza y *blousons noirs* y algunas centenas de obreros. [6] Era la élite: era el hampa. Muchos extranjeros y muchas chicas participaron en la lucha. Allí coincidieron los elementos revolucionarios de casi todos los grupos izquierdistas; particularmente una gran proporción de anarquistas -algunos de ellos pertenecientes a la F.A.- llevando las banderas negras que comenzaron a aparecer en la calle el 6 de mayo y defendiendo con ardor su plaza fuerte en la encrucijada de las calles de la Estrapade, Blainville y Thouin. La población del barrio mostró su simpatía incluso por los amotinados que quemaban sus coches: ofreciéndoles víveres, echándoles agua para combatir el efecto del gas, en fin dándoles asilo.

Las sesenta barricadas, de las cuales veinte eran muy sólidas, permitían una defensa bastante prolongada y una retirada combatiendo, pero en el interior de un perímetro limitado. El débil armamento improvisado y sobre todo la inorganización que no permitía lanzar contra-ataques o maniobrar con el fin de ensanchar la zona de los combates, dejaban a los amotinados en una ratonera.

Las últimas pretensiones de aquellos que aspiraban a situarse a la cabeza del movimiento se desvanecieron aquella noche con la dimisión vergonzosa, o bien por pura impotencia. La F.E.R., que tenía la tropa mejor encuadrada, hizo desfilar sus quinientos militantes hasta las barricadas para declararles que se trataba de una provocación y que había que irse. Lo que hicieron con la bandera roja en cabeza. Durante este tiempo Cohn-Bendit y Sauvageot, siempre prisioneros de sus obligaciones de Vedettes, fueron a advertir al rector Roche que, "para evitar cualquier efusión de sangre" era necesario que la policía se retirase del barrio. Esta extravagante petición, presentada en semejante momento a un subalterno, estaba de tal forma superada por los acontecimientos que solo podía entretener por una hora las ilusiones de los más ingenuos. Roche aconsejó sencillamente a los que habían venido a hablarle que enviasen a "los estudiantes" a sus casas.

La batalla fue muy dura. Las C.R.S., la policía, la gendarmería móvil consiguieron hacer insostenibles las barricadas por un intenso bombardeo de granadas incendiarias, granadas ofensivas y gas "de cloro", antes de arriesgarse a tomarlas al asalto. Los amotinados replicaban lanzando adoquines y cocktails Molotov. Prendieron fuego a los coches volcados en zig-zag para retrasar el avance de su enemigo; algunos se apostaron en los tejados para lanzar toda clase de proyectiles. En muchas ocasiones la policía tuvo que retroceder. Los revolucionarios, frecuentemente, prendían fuego a las barricadas en las que ya no podían mantenerse. Hubo varios centenares de heridos y quinientos detenidos. Cuatrocientos o quinientos amotinados fueron recibidos en los edificios de la Escuela Normal Superior, calle d'Ulm, que la policía no osó invadir. Doscientos o trescientos pudieron retirarse hacia la calle Monge, donde encontraron refugio en casa de los habitantes del barrio, o huyendo por los tejados. Hasta el final de mañana la policía rastreó el barrio, aporreando y llevándose todo lo que parecía sospechoso.

1. Uno de ellos no llegó a su destino con sus cautivos. Les guardaban solamente tres policías. Fueron importunados y algunas decenas de manifestantes se escaparon.

2. Conviene se¤alar a este respecto la diferencia entre la actitud de los organizadores y la lucha real que se desarrollaba desde hacía horas: "En las inmediaciones de la plaza Denfert-Rochereau, donde no se señala la presencia de ningún policía..., se levantaron barricadas a base de materiales de diversas obras de construcción a pesar de las órdenes terminantes del servicio de orden de la U.N.E.F. y de otras diversas organizaciones estudiantiles." *(Le Monde*, 8 de mayo.)

3."Basta de represión". "Liberad a nuestros camaradas". "Roche, dimisión". "Libertad sindical". "La Sorbona para los estudiantes". El mismo tono se señala en el atraso de la declaración del buró nacional de la F.E.R. que al día siguiente saluda a los millares de estudiantes y jóvenes trabajadores que, al llamamiento de la U.N.E.F., se han opuesto durante todo el día del lunes a las fuerzas de represión del estado gaullista *en defensa de las libertades democráticas y sindicales*." (Subrayado por el autor).

4. El Consejo de la Universidad que debía celebrar sesión para juzgar el asunto de Nanterre decidió aplazarla considerando que no se reunía las condiciones de serenidad requeridas. Una octavilla anónima repartida a partir del 6, *Consejo de la Universidad, modo de empleo*, había revelado las direcciones personales y los números de teléfono de todos sus miembros. La declaración de RENÉ RIESEL, *¡El castillo arde!* no pudo ser leída a los jueces: fue distribuida solamente a los manifestantes.

5. A causa de este exceso de distorsión ideológica sostenida por sus abusivos portavoces muchas gentes creyeron, en las barricadas, que la policía podría renunciar al ataque.

6. No solamente *jóvenes* obreros.

Capítulo 4

La ocupación de la Sorbona

En él se reúnen las condiciones objetivas de la conciencia histórica, la realización de la comunicación directa activa, donde terminan la especialización, la jerarquía y la separación, donde las condiciones existentes han sido transformadas en "condiciones de unidad"... únicamente ahí la organización espectacular de la vida es negada a su vez. La aparición de los Consejos fue la realidad más elevada del movimiento proletario en el primer cuarto de siglo, realidad que pasó inadvertida o camuflada porque desaparecía con el resto del movimiento que el conjunto de la experiencia histórica de entonces desmentía y eliminaba. En el nuevo momento de la crítica proletaria, este resultado vuelve como el único punto invicto del movimiento vencido. La conciencia histórica, sabiendo que en él tiene su único medio de existencia puede ahora reconocerlo, no ya en la periferia de lo que refluye, sino en el centro de lo que asciende.

DEBORD, "La sociedad del espectáculo"

La noche de la batalla de la calle Gay-Lussac causó gran estupor en todo el país. La indignación de una gran parte de la población que se implicó inmediatamente, no se volvió contra los amotinados, a pesar de la importancia de las destrucciones que cometieron, sino contra las excesivas violencias de las fuerzas del orden. Durante toda la noche la radio describió a cada momento las condiciones en que era defendido y tomado el campo atrincherado. Especialmente se sabía que numerosos heridos graves no pudieron ser atendidos durante horas porque los sitiadores impidieron su evacuación. Se les reprochaba también haber utilizado un nuevo y peligroso gas aunque las autoridades desmintieron su empleo. En fin, se propagó la convicción de que había habido algunos muertos y que la policía dueña del terreno había hecho desaparecer. [1].

A partir del sábado 11 de mayo, todas las direcciones sindicales hicieron un llamamiento a una *jornada de huelga* general para el 13. Para ellos se trataba de poner un punto final al movimiento, aprovechándose al máximo de una solidaridad superficialmente llamada "contra la represión". Los sindicatos tuvieron que hacer también este gesto porque se daban cuenta de la profunda impresión causada entre los obreros por la lucha directa que transcurría desde hacía una semana. Tal ejemplo amenazaba su autoridad. Su huelga de recuperación no respetó el tiempo legal previsto: esto es todo lo que tenía de subversivo.

El gobierno, que primero había reaccionado por la mañana temprano, en el momento de la caída del barrio de las barricadas, con un comunicado amenazador que invocaba un complot y sanciones, ante la importancia de las protestas, se decidió a dar una vuelta completa. El primer ministro Pompideu que regresó de Afganistán el sábado por la tarde, jugó apresuradamente la carta del apaciguamiento. Anunció, haciendo caso omiso de cualquier consideración hipócrita en cuanto a la independencia por principio de la magistratura, que los estudiantes condenados iban a ser liberados después de un nuevo juicio inmediato, lo cual efectivamente ocurrió. Cedió el domingo los locales del anexo Censier de la Facultad de Letras, para que se mantuviese legalmente el *sit-in* ya reivindicado sobre una reforma de la Universidad. En fin, Pompideu prometió retirar, a partir del lunes, todas las fuerzas de policía del Barrio Latino, y en consecuencia los cordones que guardaban la Sorbona. En la mañana del 13 de mayo la policía se había largado y la Sorbona se encontraba, pues, *para tomar*. Durante la jornada del 13 de mayo la consigna de huelga general fue ampliamente seguida. En un desfile pacífico, cerca de un millón de trabajadores, con los estudiantes y profesores, atravesaron París, de la República a Denfert-Recherau, encontrando en su recorrido la simpatía general. Los slogans se referían a la solidaridad de los obreros y de los estudiantes y reclamaban, por el décimo aniversario de su llegada al poder, la partida de De Gaulle. Más de cien banderas negras se habían sumado a la multitud de banderas rojas, realizando por primera vez esta conjunción de dos banderas que pronto se convertiría en la marca de la corriente más radical del movimiento de las ocupaciones, no tanto como una afirmación de una presencia anarquista autónoma sino como signo de la democracia obrera.

Los sindicalistas obtuvieron fácilmente la dispersión en Denfort; algunos millares de manifestantes, estudiantes en su mayor parte, replicaron hasta el Campo de Marte donde se improvisó un mitin. Durante este tiempo otros comenzaron a ocupar la Sorbona. Fue ahí donde se produjo espontáneamente un fenómeno de una importancia decisiva: todos los que estaban presentes decidieron abrir la Sorbona a los trabajadores. Era coger la palabra al slogan abstracto de la manifestación: solidaridad obreros-estudiantes. Este pasaje se hallaba favorecido por el encuentro de los obreros este día y sobre todo por el diálogo directo entablado entre estudiantes y los obreros más avanzados, llegados de la manifestación para decir que estaban de acuerdo, desde el primer día, con la lucha de los estudiantes y para denunciar el sucio trabajo de los estalinianos. Un cierto obrerismo, cultivado por los especialistas sub-burocráticos del revolucionarismo, no estaba, por supuesto, ausente en las motivaciones de esta decisión. Pero lo que estos líderes habían dicho, sin creer

verdaderamente en ello y sin medir las consecuencias, tomó un sentido revolucionario a causa de la atmósfera de *libertad total* del debate abierto en la Sorbona, que anuló completamente el paternalismo implícito en su proyecto. En fin, vinieron poco obreros a la Sorbona. Pero como la Sorbona había sido declarada abierta a la población, los límites del problema estudiantil y del público convencido se habían roto. Y como la Sorbona comenzaba a realizar una discusión democrática donde se discutía de todo y consideraba como ejecutorias las decisiones tomadas, se volvió un faro para los obreros en todo el país: les mostró sus propias posibilidades.
La completa libertad de expresión se manifestó por la toma de posesión de los muros, así como por la libre discusión de todas las asambleas. Carteles de todas las tendencias, hasta maoístas, cohabitaban en los muros sin ser lacerados ni recubiertos: únicamente los estalinianos del P.C.F. prefirieron abstenerse. Las pintadas sólo aparecieron un poco más tarde. Esta primera noche, la primera pintada revolucionaria insertada, bajo la forma de un filacter, sobre uno de los frescos -"la famosa fórmula: La humanidad no será feliz más que el día en que el último burócrata haya sido colgado con las tripas del último capitalista"- levantó algunas protestas. Después de un debate público la mayoría decidió borrarla. Lo que se hizo.[2].
El Comité *Enragés*-Internacional Situacionista se fundó el 14 de mayo.[3 En seguida comenzó a fijar en los muros de la Sorbona algunos carteles que decían lo que querían decir. Uno ponía en guardia contra la ilusión de una democracia directa acantonada en la Sorbona. Otro apelaba a la vigilancia: "Los recuperadores se encuentran entre nosotros". Otro aún se pronunciaba "contra toda supervivencia del arte" y "el reino de la separación". Otra, en fin -"descristianicemos inmediatamente la Sorbona"- se indignaba por la tolerancia culpable manifestada por los ocupantes a la capilla, que se había preservado: "Desenterremos, decía, y devolvamos al Eliseo y al Vaticano los restos del inmundo Richelieu, hombre de Estado y cardenal". Hay que señalar que este cartel fue el primero en la Sorbona que se laceró subrepticiamente por personas que desaprobaban su contenido. Por otra parte, la "Comisión Cultura y Creatividad" del "22 de marzo" tiró este día sus últimos cartuchos fijando en el edificio ciertos carteles citando a la I.S., particularmente del libro de Vaneigem.
También el 14 de mayo tuvo lugar la primera asamblea general de los ocupantes, que confirman su estatuto de único poder y organizan el funcionamiento de la ocupación. En el debate aparecieron tres tendencias: una parte bastante considerable de la asistencia, que se expresaba poco, pero revelaba su moderación aplaudiendo algunos discursos débiles, quería sencillamente una reforma de la Universidad, un arreglo sobre los exámenes, una especie de frente universitario con la izquierda del profesorado. Una corriente más poderosa, que reunía a todos los grupos izquierdistas y su clientela, quería continuar la lucha hasta la caída del gaullismo, incluso la del capitalismo. Una tercera posición, muy minoritaria, pero comprendida, exigía la abolición de las clases, del salariado, del espectáculo y de la supervivencia. Fue claramente expresada en una declaración de René Riesel, en nombre de los *Enragés*. Dijo que el problema universitario estaba superado a partir de ahora y que los "exámenes habían sido anulados por las barricadas". Pidió a la asamblea un pronunciamiento por la liberación de todos los amotinados, *comprendidos los saqueadores* detenidos el 6 de mayo. Demostró que el único porvenir del movimiento estaba con los trabajadores, no "a su servicio" sino a su lado; y que los trabajadores no eran en absoluto sus organizaciones burocráticas. Afirmó que no se podía combatir la alienación presente ignorando las del pasado -"basta de capillas"-, ni aquellas que se preparan para mañana: "los sociólogos y los psicólogos son otros pasmas". Denunció una autoridad policial de la misma clase en las relaciones jerárquicas con los profesores. Puso en guardia contra la recuperación del movimiento por los líderes izquierdistas y su previsible liquidación de los *estalinianos*. Concluyó a favor de los Consejos Obreros. Esta intervención suscitó diversos movimientos. La proposición sobre los saqueadores fue más abucheada que aplaudida. Chocó el ataque contra los profesores. La primera denuncia contra los estalinianos extrañó. Sin embargo, cuando un poco más tarde la asamblea procedió a la elección del primer "Comité de Ocupación", su órgano ejecutivo, Riesel fue elegido. El único en indicar su pertenencia, fue también el único en definir un programa: tomando de nuevo la palabra, precisó que defendería "la democracia directa en la Sorbona" y la perspectiva del poder internacional de los Consejos Obreros.
Comenzaron en París la ocupación de las facultades y escuelas de enseñanza superior: Bellas Artes, Nanterre, Conservatorio de Arte Dramático, Medicina. A continuación, todas las demás.
Al final del mismo día 14 de mayo, los obreros de Sub-Aviation, de Nantes, ocuparon su fábrica y se atrincheraron, después de encerrar al director Duvochel y al personal de la administración en las oficinas cuyas puertas soldaron. Aparte del ejemplo de la ocupación de la Sorbona, los obreros se prendieron la lección de los incidentes ocurridos la víspera en Nantes. El llamamiento del buró nantés de la U.N.E.F. que, como se ha visto más arriba, estaba en manos de los revolucionarios, los estudiantes no se contentaron con desfilar con los sindicalistas. Se encaminaron hacia la prefectura para exigir la anulación de las diligencias procedentemente entabladas contra ellos y la restitución de una subvención anual de 10000 F. Que les había sido suprimida a causa de sus posiciones radicales. Construyeron dos barricadas que las C.R.S. trataron de asaltar. Por mediación de algunos universitarios se aceptó una tregua, que aprovechó el prefecto para recibir una delegación. Cedió en toda la línea: el rector retiró su denuncia y pagó. Muchos obreros de la ciudad habían participado en este combate. Pudieron comprobar la eficacia de esta forma de reivindicación. Los de Sub-Aviation debieron acordarse al día siguiente. Los estudiantes de Nantes acudieron enseguida para sostener el piquete de huelga. Conocida el día 15 de mayo, la ocupación de Sub-Aviation fue comprendida en todas partes como un acto

de una importancia capital: si las demás fábricas según la huelga salvaje, el movimiento se convertiría irreversiblemente en esta crisis histórica tan esperada por los demás lúcidos. Al final de la mañana, el Comité de Ocupación durante la mayor parte de la jornada y además se le debía a Riesel. En efecto, desde la primera reunión del Comité apareció un estupefaciente contraste entre la función que, en principio, asumía por delegación expresa de la asamblea general y las condiciones que se le permitían. El Comité de Ocupación estaba compuesto por quince miembros elegidos y revocables cada día por la asamblea general, responsables ante ella, encargados de organizar y mantener la ocupación de la Sorbona. Todos los servicios improvisados, o que debían organizarse, para el funcionamiento y la defensa del edificio y lo que allí se hacía estaban bajo su control. Se trataba de hacer posible permanentemente la discusión libre, de asegurar y facilitar la continuación de las actividades en curso, desde la distribución de salas a la organización del abastecimiento; de la difusión democrática escrita u oral, al mantenimiento de la seguridad. La realidad era muy distinta: burócratas fracasados de la U.N.E.F., el viejo tándem Kravetz y Peninou, resurgido del olvido que le había justamente enterrado, se habían deslizado por los pasillos que conocían muy bien para instalarse en cualquier sótano, desde donde se ocupaban de recuperar todos los hilos del *poder real* y coordinar la acción de los técnicos benévolos de toda especie, que resultaban ser amigos suyos. Este era el caso de un "Comité de Coordinación" que se había elegido a sí mismo. El "Comité de Enlace inter-facultades" trabajaba por su propia cuenta. El servicio de orden, completamente autónomo, no obedecía más que a su jefe, buen chico por cierto, que se nombró él sólo y que sólo discutía a partir de esta posición de fuerza. El "Comité de Prensa" compuesto por jóvenes o futuros periodistas, no estaba a disposición de la Sorbona, sino de la prensa francesa en general. En cuanto a la sonorización, se encontraba en manos de elementos de derechas, pero especialistas de la radio.
En este sorprendente contexto, el Comité de Ocupación tenía incluso algunas dificultades para disponer de una sala: cada feudalidad ya instalada tenía pretensiones sobre la totalidad de los locales. Desanimados, sin duda, la mayoría de los miembros desaparecieron para introducirse, como último recurso, en los distintos comités subordinados, pero rebeldes, ya que les reconocían el mérito de existir. Estaba muy claro que los manipuladores anteriormente citados habían pensado eternizar su poder colocando en una posición casi decorativa como simples jarrones al único comité elegido. [4] Los manipuladores debían estar satisfechos del resultado de sus maniobras en la jornada del 15 ya que en la asamblea general que se reunió por la noche, propusieron la renovación en bloque, por veinticuatro horas, del fantasmal Comité de Ocupación. Los ocho miembros del "Comité de Coordinación" fueron también confirmados, como simples auxiliares del "Comité de Ocupación". Ya poderoso con los mecanismos prácticos que tenía en sus manos el comité de Coordinación pensó rematar su toma de poder notificando directamente al Comité de Ocupación que ya no existía. Casi todos los miembros de este último, que justamente acababan de aparecer de nuevo esperando ser reelegidos por la asamblea general, por esta jugada se resignaron a disolverse. Solamente dos miembros del Comité de Ocupación, apoyado por los elementos que se habían incorporado a él, comenzó realmente a existir. Durante el mismo día 15, los obreros de la fábrica Renault de Cléon, en Seine Maritime, se pudieron en huelga y decidieron ocupar su fábrica, encerrando ellos también a los directores. También pararon las fábricas Lockheed, de Beauvais y Unelec de Orleans. Al final de la noche, doscientas o trescientas personas se trasladaron al "Teatro Odeón" de Francia a la hora de la salida de los espectadores y se instalaron como ocupantes. Si el contenido de esta "liberación" fue siempre limitado -dominado por gentes y problemas de la cultura- el hecho en sí de apoderarse de un edificio exterior a toda coartada universitaria no significa por eso menos una expansión del movimiento: constituía una escenografía bufona de la descomposición del poder estatal. En la noche siguiente surgieron por todas partes en la Sorbona las más bellas inscripciones de la época.
El 16 de mayo por la mañana se conoció la ocupación de Renault-Cléon, y una parte de los trabajadores de las "Nouvelles Messageries de la Presse Parisienne" comenzaron también una huelga salvaje, tratando de bloquear la distribución de los periódicos. El Comité de Ocupación de la Sorbona, que celebraba sesión en la sala Jules-Bonnot (antiguamente Cavaillés), lanzó a las 15 horas el siguiente comunicado:
"Camaradas, la fábrica Sud-Aviation de Nantes está ocupada desde hace dos días por los obreros y estudiantes de esta ciudad; el movimiento se extiende hoy a numerosas fábricas (N.M.P.P.-París, Renault-Cléon, etc.) *el Comité de Ocupación de la Sorbona* llama a la ocupación inmediatamente de todas las fábricas en Francia y a la formación de Consejos Obreros, difundid y reproducid lo más rápido posible este llamamiento."
El Comité de Ocupación, como ya se ha dicho, se encontraba desprovisto de cualquier medio material para ejercer la mínima actividad. Para difundir su llamamiento se vio, pues, obligado a recobrar estos medios. Podía contar con el apoyo de los *Enragés*, de los situacionistas y una quincena de otros revolucionarios. Desde las ventanas de la sala Jules-Bonnot se pidió en el patio, por medio de un megáfono, voluntarios que se presentaron muchos. Copiaron el texto, que aún no se había tirado, y fueron a leerlo en todas las aulas y en las otras facultades. Como la tirada era voluntariamente retrasada por los servicios del C.L.I.F., el Comité de Ocupación tuvo que requisar máquinas para la impresión y organizar su propio servicio de difusión. También se incautó de la sonorización, ya que ponía mala voluntad de pasar el texto de este llamamiento a intervalos regulares: los especialistas, por despecho, sabotearon la instalación o se fueron; partidarios del Comité de Ocupación la sintieron en marcha. Se apoderaron de los teléfonos para pasar el comunicado a las agencias de prensa, a la provincia, al extranjero. A partir de las 15,30 horas comenzaba a difundirse de una manera satisfactoria.

Este llamamiento a la ocupación inmediata de las fábricas armó un escándalo. No, por supuesto, en la masa de los ocupantes de la Sorbona, donde tantas nuevas voluntades se manifestaban inmediatamente para asegurar la difusión, sino entre los cuadros de los pequeños partidos izquierdistas que vinieron, enloquecidos, a hablar de aventurismo y de locura. Fueron despedidos secamente: el Comité de Ocupación no tenía que dar cuentas a los diversos grupúsculos. Así a Krivine, el líder de la J.C.R., se le expulso sucesivamente de la sonorización y de la sala Jules-Bonnot, donde había venido corriendo a expresar su desaprobación, su angustia, e incluso su idiota pretensión de anular el comunicado. Aunque lo hubiesen deseado, los saboteadores ya no tenían fuerzas suficientes para atentar contra la soberanía de la asamblea general, aun lanzando un raíd contra la sala Jules-Bonnot. Efectivamente, el Comité de Ocupación había puesto desde el principio su propio servicio de seguridad, para evitar cualquier utilización irresponsable de un servicio de orden poco seguro. A continuación se ocupó en organizar este servicio de orden para una discusión política con sus elementos de base, persuadiéndoles fácilmente del rol anti-democrático que algunos habían querido hacerles interpretar.
Todo el trabajo de recuperar la Sorbona se apoyó con una serie de octavillas, que salían a un ritmo muy rápido y ampliamente difundidas. También se leían en la sonorización, que anunciaba al mismo tiempo las nuevas ocupaciones de la fábricas, desde el momento en que se conocían. A las 16,30 horas la octavilla titulada *¡Vigilancia!* ponía en guardia: "La soberanía de la asamblea revolucionaria sólo tiene sentido si ejerce su poder. Desde hace cuarenta y ocho horas se está discutiendo sobre la capacidad y decisión de la asamblea general por una obstrucción sistemática... La exigencia de la democracia directa es el apoyo mínimo que los estudiantes revolucionarios pueden aportar a los obreros revolucionarios que ocupan las fábricas. Es inadmisible que no sean sancionados los incidentes de ayer noche en la asamblea general." Los curas la traen de nuevo cuando se rompen los carteles anticlericales... "A las 17 horas la octavilla: *¡Atención!* denunciaba al Comité de Prensa que "rehúsa transmitir los comunicados de las instancias regularmente elegidas por la asamblea general" y que es un *comité de censura*. Incitaba a "los diferentes grupos de trabajo" a dirigirse sin intermediarios a la prensa de la que proporcionaba algunos números de teléfono. A las 18,30 horas la octavilla *¡Atención a los manipuladores! ¡Atención a los burócratas!*denunciaba al servicio de orden incontrolado. Subrayaba la importancia decisiva de la asamblea general que debía mantenerse en la noche: "a la hora en que los obreros comienzan a ocupar varias fábricas en Francia *por nuestro ejemplo y con el mismo derecho que nosotros*, el Comité de Ocupación de la Sorbona ha aprobado hoy a las 15 horas el movimiento. El problema central de la reciente asamblea general es, pues, pronunciarse por un voto claro para sostener o desaprobar el llamamiento del Comité de Ocupación. Es caso de desaprobación esta asamblea tomará, pues, la responsabilidad de reservar a los estudiantes un derecho que rechaza a la clase obrera y, en este caso, está claro que no quiere hablar de otra cosa más que de una reforma gaullista de la Universidad". A las 19 horas proponía una lista de consignas radicales para difundir: "El poder a los Consejos de trabajadores." "Abajo la sociedad espectacular-mercantil." "Fin de la Universidad", etc.
El conjunto de esta actividad que acrecentaba de hora en hora el número de partidarios del Comité de Ocupación, ha sido cínicamente falsificado por la prensa burguesa, a continuación de *Le Monde* de fecha 18 de mayo, que daba cuenta en estos términos: "Ya nadie sabe muy bien quiénes dirigen el Comité de Ocupación de la Sorbona. Efectivamente, la sala en que se reúne este organismo, elegido cada noche a las 20 horas en asamblea general, ha sido invadida al final de la tarde por los estudiantes "enragés" de la "Internacional Situacionista". Estos "dominan" en particular los micros de la Sorbona, lo que les ha permitido durante la noche lanzar numerosas consignas que muchos estudiantes han considerado aventuradas: "Si encontráis un pasma, partirle la cara", "impedid por la fuerza que tomen fotos en el interior de la Sorbona". Por otra parte, los estudiantes de la Internacional Situacionista han "disuelto todas las estructuras burocráticas" establecidas precedentemente, tales como el Comité de Prensa, el servicio de orden. Las decisiones de este Comité podrían ser denunciadas por la asamblea general que debe reunirse el viernes a las 14 horas".[5] Esta tarde del 16 señala el momento en que la clase obrera comienza a declararse de una manera irreversible por el movimiento. A las 14 horas es ocupada la fábrica Renault de Flins. Entre las 15 y las 17 horas la huelga salvaje se impone en Renault-Billancourt. De todos los lados, las ocupaciones de fábricas comienzan en la provincia. La ocupación de los edificios públicos que continúa extendiéndose por todas partes, llega al Hospital psiquiátrico de Sainte-Anne, tomado por su personal. Ante la acumulación de estas noticias, todos los grupos izquierdistas de la Sorbona se incorporaron una marcha inmediata a Billancourt a las 20 horas. El Comité de Ocupación acordó que era necesario aplazar la asamblea general, a pesar de que estaba impaciente de ponerla frente a sus responsabilidades. Su comunicado, poco antes de las 20 horas, declaraba: "De acuerdo con los diferentes grupos políticos, el movimiento del 22 de marzo, la U.N.E.F., el Comité de Ocupación decide diferir la asamblea general del 16 de mayo a las 20 horas al 17 de mayo a las 14 horas. Todos en la plaza de la Sorbona a las 20 horas para ir a *Billancourt*".
La entrada en la lucha de Renault-Billancourt, la fábrica más grande de Francia, que con tanta frecuencia había tenido un rol determinante en los conflictos sociales, y sobre todo la amenaza de una unión entre los obreros y las ocupaciones revolucionarias que se habían desarrollado a partir de las luchas de los estudiantes horrorizaron al partido llamado comunista y al gobierno. Incluso antes de conocer el proyecto de la marcha a Billancourt reaccionaron de una forma casi idéntica a las malas noticias que ya conocían. A las 10,30 horas, un comunicado del buró político estaliniano "pone en

guardia a los trabajadores y a los estudiantes contra toda consigna aventurera". Poco después de las 19 horas se difundía un comunicado del gobierno: "En presencia de diversas tentativas anunciadas o estimuladas por grupos de extremistas para provocar una agitación generalizada, el Primer Ministro recuerda... que el gobierno no podrá tolerar que el orden republicano sea alterado... Puesto que la reforma universitaria no era más que un pretexto para sumergir el país en el desorden, el gobierno tiene el deber de mantener la paz pública..." El gobierno decidió inmediatamente el llamamiento de 10000 reservistas de la gendarmería.

Tres o cuatro mil ocupantes de la Sorbona fueron en cortejos hasta Billancourt, siempre con las banderas rojas y negras. La C.G.T. que guardaba todas las puertas de la fábrica, consiguió impedir el encuentro de los obreros. En cuanto al proyecto de una marcha a la O.R.T.F. que el Comite *Enragés* Internacional Situacionista había tratado de hacer adoptar por la asamblea general desde las 14 horas y defendido aún a las 15 horas el "22 de marzo", la U.N.E.F. y el S.N.E. sup. Estaban determinados a realizarlo al día siguiente 17 de mayo. Tan pronto como fue conocida esta decisión, la C.G.T., el 16 a las 21 horas, declaró que esto tomaba el aspecto de una provocación que solo puede servir al poder personal". A las 22,30 horas el partido estaliniano dijo lo mismo. A media noche el S.N.E. sup. Y la U.N.E.F. obedecieron, haciendo saber que anulaban su llamamiento.

Por la noche, en la Sorbona, comenzaba la contraofensiva de los manipuladores. Aprovechándose de la ausencia de los elementos revolucionarios que se encontraban alrededor de las fábricas Renault, intentaron improvisar una asamblea general con lo que quedaba sobre el terreno. El Comité de Ocupación envió a dos delegados que denunciaron el carácter ficticio de una asamblea procedente de esta maniobra. Al comprender que se les había engañado la asamblea se dispersó rápidamente.

Al amanecer, los obreros de la N.M.P.P. pidieron ocupantes de la Sorbona para reforzar sus piquetes de huelga, los cuales no habían logrado aún imponer el paro del trabajo. El Comité de Ocupación envió voluntarios. En la línea número 2 del metro, un comité de acción anti-sindical trató de poner en huelga a la R.A.T.P. Un centenar de fábricas iban a ser ocupadas en la jornada. Desde la mañana temprano, los obreros de las empresas parisinas en huelga, comenzando por Renault, llegaban a la Sorbona para establecer un contacto que los sindicalistas impedían en las puertas de las fábricas.

La asamblea general de 14 horas discutió con preferencia una segunda marcha a Billancourt y re-expidió para la sesión de la noche el arreglo de todos los demás problemas. La F.E.R. intentó sin resultado invadir la tribuna y su líder habló, igualmente sin resultado, par impedir esta segunda marcha; o al menos si a pesar de todo tenía lugar, que enarbolase un solo slogan -para-estaliniano-: "Frente único obrero". Sin duda, la F.E.R. se veía ya reconocida en un tal "Frente", con la S.F.I.O. y el P.C. Durante toda la crisis la F.E.R. fue al partido estaliniano lo que el partido estaliniano es al Gaullismo. El apoyo pasó antes que la rivalidad y evidentemente los mismos buenos servicios tuvieron, a sus respectivos niveles, el mismo salario de ingratitud. Acababa de aparecer un comunicado de la C.G.T.-Renault desaconsejando "a los iniciadores de esta marcha mantener esta iniciativa". La marcha tuvo lugar, fue recibida como la víspera. La C.G.T. se había desacreditado todavía más ante los obreros, fijando carteles en el interior y en el exterior de la fábrica con la ridícula calumnia: "Jóvenes trabajadores, elementos revolucionarios tratan de suscitar la división en nuestras filas para debilitarnos. Estos extremistas no son más que agentes de la burguesía que cobran incluso grandes recompensas del empresariado."

El Comité de Ocupación había aún editado, a las 13 horas, una octavilla procedente de los obreros que habían lanzado la huelga en Renault, explicando cómo jóvenes trabajadores habían atraído a la base de algunas secciones, obligando a los sindicatos a aprobar más tarde el movimiento que habían tratado de evitar: "Los obreros esperan que cada noche vengan a las puertas gentes para sostener en masa un movimiento de masa." A la misma hora se enviaron telegramas varios países que explicaban la posición revolucionaria de la Sorbona ocupada. Cuando por fin la asamblea se reunió a las 20 horas, las condiciones que habían alterado su funcionamiento en sus comienzos no se habían mejorado en absoluto. La sonorización no funcionaba más que el tiempo exacto que duraban algunas intervenciones y se paraba para otras. La dirección de los debates y sobre todo la puesta a votación de una moción dependía técnicamente de un grotesco desconocido, evidentemente testaferro de la U.N.E.F., que se había elegido desde el primer momento de la ocupación presidente permanente de las asambleas generales y que, refractario a cualquier desaprobación y humillación, se aferró a este puesto hasta el final. La F.E.R. que ingenuamente había publicado por la mañana su intención de "restablecer la situación" del movimiento, trató aún de invadir la tribuna. Los manipuladores de todas las sectas cooperan para impedir que la asamblea general se pronunciase sobre las actividades del Comité de Ocupación, que acababa de restituir su mandato, y principalmente sobre el llamamiento a la ocupación de las fábricas. Esta obstrucción se acompañó con una campaña de denigración, que se fijaba más bien en los detalles destinados a ahogar al pez: un "aspecto Sainé-Germain-des-Prés", desorden en el edificio, el desprecio demostrado a los pequeños partidos de izquierdistas y a la U.N.E.F., un comentario sobre la ocupación de Sainte-Anne en la que algunos pretendieron haber comprendido un llamamiento a la "liberación de los locos", otras miserias. La asamblea demostró ser incapaz de hacerse respetar. El ex-Comité de Ocupación, al no poder obtener el voto sobre su gestión y al no querer de ninguna forma representar un rol en las luchas de influencia y los compromisos que se hacían entre bastidores para el nombramiento del Comité siguiente, anunció su retirada de la Sorbona donde a partir de ahora la democracia directa estaba estrangulada por los burócratas. Todos sus partidarios salieron al mismo tiempo y el servicio de orden se disolvió, mientras que la F.E.R., que desde

hacía más de una hora amenazaba la tribuna, aprovechó esto para abalanzarse sobre ella. No obstante, no pudo anexionarse la gestión de la Sorbona, donde deberían seguir hasta el final los mismos repartos de influencia. Por todos estos hechos, el veredicto del Comité de Ocupación fue desgraciadamente confirmado.

Si el fracaso de un esbozo de democracia de consejo en la Sorbona fue sin duda perjudicial para la continuación del movimiento de las ocupaciones, que precisamente debía conocer en este terreno su principal fallo, del que se deriva su fracaso general, de todas formas es cierto que al punto en que se llegó en este momento por la crisis, ningún grupo tenía fuerza suficiente para intervenir en un sentido revolucionario con un notable efecto. Efectivamente, todas las organizaciones que tenían un cierto peso en el desarrollo ulterior eran enemigas de la autonomía obrera. Todo dependería de las relaciones de fuerza en las fábricas entre los obreros, aislados y separados en todas partes, y la potencia conjunta del Estado y de los sindicatos.

1 El hecho na ha sido demostrado. La probabilidad de la hipótesis deriva: por una parte, es poco probable que entre tantos heridos graves, y no socorridos rápidamente, no juera nadie; por otra, tampoco es probable que el Gobierno se hubiera resignado al retroceso considerable y grave de consecuencias, que debía intentar esa misma noche, sin tener en cuenta las informaciones particulares sobre la gravedad de los enfrentamientos. No cabe duda que los servicios de un Estado moderno tienen la posibilidad de disimular algunos muertos. Claro que no haciéndoles constar entre las "personas desaparecidas", sino, por ejemplo, como algunos lo han anticipado, presentándoles como víctimas de accidentes de la carretera ocurridos fuera de París.

2 El autor de este libro se vanagloria de haber trazado esta inscripción, por el momento controvertida, pero que abrió la vía a una actividad tan fértil (ver a este respecto la revista *Internacional Situacionista*, núm. 11).

3 Los contactos entre la I.S. y los *Enragés* tuvieron lugar al día siguiente de la octavilla publicada el 22 de febrero por estos últimos. Habiendo probado su autonomía los *Enragés* podían normalmente entenderse con la I.S., la cual siempre había hecho de una tal autonomía el prealable para cualquier acuerdo. Al final del período de las ocupaciones en Comité *Enragés*-I.S. decidieron proseguir esta unidad en la I.S.

4 Poco tiempo después, Peninou, consternado, no se avergonzaba quejándose ante testigos: "Estábamos todos de acuerdo, se lamentaba, para que ningún grupo participase en el Comité de Ocupación. Teníamos el acuerdo de la F.E.R., de la J.C.R., de los "Chinos", etcétera. Se había olvidado a los situacionistas."

5 Estas calumnias tienen site vidas como los gatos. En *Paris Match* del 6 de julio, se podía leer: "Esta anarquía poética no dura mucho. Un grupo que se intitula "situacionistas *enragés*" se ampara del poder, es decir, de lo que podría llamarse la "legalidad grupuscular" y sobre todo de su instrumento esencial, necesario y suficiente: "la sono". La sono, es decir, la sonorización, el sistema de altavoces por el cual se puede derramar día y noche una lluvia de "slogans" en el patio y en los pasillos de la nave. El que tiene la sono posee el verbo y la autoridad. Por la sono, los situacionistas difunden mensajes completamente chiflados. Por ejemplo, apelan a todos los estudiantes "a sostener los enfermos de Sante-Anne en su lucha de liberación contra los psiquiatras". De un género diferente, el libro del fascista FRANÇOIS DUPRAT, *Las jornadas de mayo del 68*(Nouvelles Editions Latines), que denuncia "al origen del 22 de marzo la agitación mantenida en Nanterre por los cuarenta estudiantes miembros de la *Internacional Situacionista* pretende ver "la mano de la H.V.A. (Servicio de seguridad y espionaje de la Alemania del Este)" en las actividades de la I.S. Y continúa aún mezclando los situacionistas al "22 de marzo" y designando a Cohn-Bendit como "su antiguo amigo".

Capítulo 5

La huelga general salvaje

"En Francia, es suficiente que uno sea algo, para querer serlo todo."

MARX, *Contribución a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*

Durante la jornada del 17 de mayo, la huelga se extendió a casi toda la industria metalúrgica y química. Después de los de Renault, los obreros de Berliet, Rhodiaceta, Rhóne-Poulenc y S.N.E.C.M.A. decidieron ocupar las fábricas. Varias estaciones estaban en manos de los ferroviarios y quedaban poco trenes en circulación. Los empleados de correos ocupaban ya los centros de clasificación. El 18 la huelga ganó Air-France y la R.A.T.P. Comenzada por algunas ocupaciones ejemplares en provincias, la huelga se había extendido a la región parisina para afectar el conjunto del país. Desde este momento incluso los sindicatos ya no podían dudar que esta reacción en cadena llevaría la huelga general. Espontáneamente iniciado, el movimiento de las ocupaciones se había afirmado desde el principio contra todas las consignas y todo control de los sindicatos. "En la dirección de la Regie, señalaba *Le Monde* del 18 de mayo, se subraya el carácter salvaje del desencadenamiento del movimiento después de la huelga del 13 de mayo, que se había seguido moderadamente en provincias. Igualmente se estima paradoxal que el foco de protesta se sitúe en una empresa donde precisamente sobre el plan social no existían más que conflictos de rutina relativamente sin importancia." La amplitud de la huelga forzó a los sindicatos a una contraofensiva rápida que iba a demostrar con una evidencia particularmente brutal su función natural del guardianes del orden capitalista en las fábricas. La estrategia sindical perseguía su fin principal: destruir la huelga. Para hacer esto, los sindicatos que tenían una considerable tradición de esquiroles de huelgas salvajes, se ocuparon en reducir este vasto movimiento de huelga general en una serie de huelgas de empresa yuxtapuestas. La C.G.T. se puso a la cabeza de esta contra-ofensiva. El 17 de mayo, su Consejo confederal se reunía y declaraba: "La acción comenzada por *la iniciativa de la C.G.T. y con otras organizaciones sindicales* [1] crea una nueva situación y reviste una importancia excepcional." La huelga se aceptaba así, pero rechazando toda consigna de huelga general. Sin embargo, los obreros votaron en todas partes la huelga ilimitada con ocupación. Para convertirse en los amos de un movimiento que les amenazaba directamente, las organizaciones burocráticas debían primero frenar las iniciativas de los trabajadores y hacer frente a la naciente autonomía del proletariado. Se apoderaron, pues, de los Comités de huelga, que se convirtieron en seguida en un verdadero poder policíaco encargado de *aislar* a los obreros en las fábricas y de formular en su nombre sus propias reivindicaciones. Mientras que en las puertas de casi todas las fábricas los piquetes de huelga, siempre a las órdenes de los sindicatos, impedían a los obreros hablar por sí mismos, hablar a los demás y oír hablar a las corrientes más radicales que se manifestaban entonces, las direcciones sindicales se encargaban de reducir el conjunto del movimiento a un programa de reivindicaciones estrictamente profesionales. El espectáculo de la disputa burocrática alcanzó su fase de parodia cuando se vio a la C.F.D.T., recientemente descristianizada, atacar a la C.G.T., acusada -con mucha razón- de atenerse a las "reivindicaciones alimenticias", proclamar: "Por encima de las reivindicaciones materiales, lo que se plantea es el problema de la gestión y de la dirección de la empresa." Esta demagogia electoral de un sindicato con vocación modernista llegó hasta a proponer la "autogestión" como forma del "poder obrero en la empresa". Se pudo ver entonces a los dos grandes falsificadores tirarse a la cabeza la verdad de su propia mentira: el estaliniano Seguy calificando la autogestión de "fórmula hueca", el cura Descamps vaciándola de su contenido real. De hecho esta disputa de antiguos y de modernos en relación con las mejores formas de defensa del capitalismo burocrático, preludiaba a su acuerdo fundamental sobre la necesidad de negociar con el Estado y el empresariado.

El lunes 20 de mayo, aparte de algunos sectores que no iban a tardar en unirse al movimiento, la huelga con ocupación era general. Había seis millones de huelguistas; había m s de diez en los días siguientes. La C.G.T. y el P.C., desbordados por todas partes, denunciaban cualquier idea de "huelga insurreccional" haciendo como si endurecieran sus posiciones reivindicativas. Seguy declaraba que sus "expedientes estaban listos para una eventual negociación". Para los sindicatos, toda la fuerza revolucionaria sólo debía servir para hacerles presentables a los ojos de un gobierno inexistente y de un empresariado efectivamente desposeído.

La misma comedia se representaba al nivel político. El 22 de mayo la moción de censura se aplazó ante la indiferencia general. Había más cosas de interés en las fábricas y en las calles que en todas las asambleas del Parlamento y de los partidos reunidos. La C.G.T. llamó a una "jornada de reivindicación" para el viernes 24. Pero, entre tanto, la interdicción de residencia notificada a Cohn-Bendit iba a reactivar la lucha en la calle. El mismo día se improvisó una manifestación de protesta para preparar la del día siguiente, viernes. El desfile de los cegetistas comenzado a las 14 horas se clausuró tranquilamente por un discurso particularmente senil de De Gaulle.

Sin embargo, a la misma hora millares de manifestantes habían decidido, una vez más, desafiar simultáneamente a la policía y al servicio de orden estudiantil. La participación masiva de los obreros en esta manifestación condenada por el P.C. y la C.G.T. demostraba negativamente hasta qué punto estos últimos podían ofrecer el espectáculo de una fuerza que ya no les pertenecía.

Unos treinta mil manifestantes se habían concentrado entre la estación de Lyon y la Bastilla. Se propusieron ir al Ayuntamiento. pero evidentemente la policía ya había cerrado todas las salidas; inmediatamente se levantó la primera barricada. Esto dio la señal a una serie de enfrentamientos que se prolongaron hasta el amanecer. Una parte de los manifestantes consiguieron llegar y saquear la Bolsa. El incendio, que hubiera respondido al deseo de varias generaciones de revolucionarios, sólo destruyó superficialmente este "templo del capital". Varios grupos se habían diseminado en los barrios de la Bolsa, Halles y la Bastilla hasta la Nation; otros llegaron a la *rive gauche* y se mantuvieron en el Barrio Latino y St. Germain-des-Prés, antes de retroceder hasta Debfert-Rochereau. La violencia alcanzó su punto culminante, [2] había dejado de ser el monopolio de los "estudiantes"; era el privilegio del proletariado. Dos comisarías fueron saqueadas en pleno entusiasmo: las de Odeon y de la calle Beaubourg. Ante las narices de los policías impotentes, dos autocares y un coche de policía fueron incendiados a base de cokctails Molotov delante de la comisaría del Pantheon.

En el mismo momento, varios millares de amotinados lyoneses combatían a la policía atropellando a un comisario al lanzarle un camión lleno de piedras y llegaron más lejos que sus camaradas de París al organizar el saqueo de unos grandes almacenes. Se luchaba en Burdeos, donde la policía escogió la tregua, en Nantes e incluso en Estrasburgo. Así, pues, los obreros habían entrado en lucha no solamente contra sus sindicatos, sino además simpatizando con un movimiento de estudiantes y aún mejor, con gamberros, con vándalos que defendían slogans absolutamente escandalosos que iban del "Yo gozo en los adoquines" hasta "No trabajéis jamás". Ninguno de los que vinieron al encuentro de los revolucionarios fuera de las fábricas para buscar con ellos una base de acuerdo puso ninguna reserva sobre este aspecto extremo del movimiento. Al contrario, los trabajadores no dudaron en construir las barricadas, quemar coches o saquear comisarías y hacer del bulevar St. Michel un vasto jardín, codo a codo con los que, desde el día siguiente, Fouchet y el partido llamado Comunista llamaban el "hampa". El día 25, el gobierno y las organizaciones burocráticas respondían conjuntamente a este preludio insurreccional que les había hecho temblar. Sus respuestas fueron complementarias: los dos deseaban la prohibición de las manifestaciones y la negociación inmediata; cada uno tomó la decisión deseada por el otro.

[1] La espantosa mentira la hemos subrayado nosotros con esmero.

[2] Se declaró que había un muerto entre los manifestantes. A la desgraciada víctima se la utilizó mucho: dijeron que se había caído de un tejado; después que la habían apuñalado al oponerse al hampa que manifestaba, en fin, el informe del médico forense divulgado varias semanas después concluyó en muerte provocada por un casco de granada.

Capítulo 6

Profundidad y límite de la crisis revolucionaria

"Era una fiesta sin comienzo ni fin; yo veía a todo el mundo y no veía a nadie; porque cada individuo se perdía en la misma muchedumbre incontrolada y errante; hablaba a todo el mundo sin recordar ni mis palabras ni las de los demás, ya que la atención estaba absorbida en cada momento por los acontecimientos y objetos nuevos, por noticias inesperadas."

BAKUNIN, *Confesiones*

El movimiento de las ocupaciones, que se había apoderado de las zonas-claves de la economía, alcanzó muy rápidamente a todos los sectores de la vida social, tomó todos los puntos de control de la economía del capitalismo y de la burocracia. El hecho de que la huelga se extendía ahora a actividades que siempre habían escapado a la subversión hacía más evidentes aún dos de las antiguas pruebas del análisis situacionista: la creciente modernización del capitalismo lleva consigo la proletarización de un estrato más grande de la población; a medida que el mundo de la mercancía extiende su poder a todos los aspectos de la vida produce en todas partes la extensión y el estudio de las fuerzas que le niegan.

La violencia de lo negativo fue tal que, no solamente movilizó las reservas al lado de las fuerzas de choque, sino que además permitió a la canalla que se ocupaba en reforzar lo positivo del mundo dominante de pagarse una forma de protesta. Así hemos visto desarrollarse paralelamente las luchas reales y su caricatura, a todos los niveles y en todos los momentos. Desde el principio, la acción iniciada por los estudiantes en las universidades y en la calle había encontrado su repercusión en los institutos. A pesar de ciertas ilusiones sindicalistas en los Comités d'Action Lycéens (C.A-L-), los alumnos de segunda enseñanza probaron, por su combatividad y su conciencia, que se pronosticaban menos como futuros estudiantes que como los futuros enterradores de la sociedad. Mucho más que los universitarios los profesores de instituto supieron hacerse educar por sus alumnos. Fueron masivamente a la huelga a la que a su turno los maestros tomaron una posición muy dura. Ocupando los sitios de trabajo, los empleados de banco, de sociedades de seguro, de grandes almacenes, protestaron a la vez contra su condición de proletario y contra un sistema de servicio que hace de cada uno el servidor del sistema. Lo mismo los huelguistas de la O.R.T.F. a pesar de la creencia en una "información objetiva" habían entrevisto confusamente su reificación y sentido el carácter fundamentalmente falso de cualquier comunicación asidua en la jerarquía. La ola de solidaridad que arrastraba el entusiasmo de los explotados no conoció límites. Los estudiantes del Conservatorio de Arte Dramático se instalaron en los locales y participaron masivamente a las fases más dinámicas del movimiento. Los del Conservatorio de Música reclamaban una "música salvaje y efímera" en una octavilla donde proclamaban "será necesario que nuestras reivindicaciones sean aceptadas en un tiempo determinado, si no esto será la revolución"; encontraron ese *tono congolés* que lumumbistas y muletistas hicieron popular en el mismo momento en que el proletariado de los países industrializados comenzaba a experimentar su posible independencia y que expresa también lo que temen todos los poderes, la ingenua espontaneidad a la conciencia política. Aparente la fórmula irrisoria en sí, "todos somos judíos alemanes" tomaba en boca de los árabes, que la acompasaban el 24 en la Bastilla, una resonancia verdaderamente inquietante, ya que cada uno pensaba que haría falta vengar la masacre de octubre de 1961, y que ninguna diversión sobre este tema de la guerra israelo-árabe podría impedirlo. La toma del trasatlántico *France* por su equipaje a lo largo del Havre tuvo, a pesar de su mínima consecuencia, el mérito de recordar a los que reflexionaban ahora por las posibilidades de la revolución que el gesto de los marinos de Odesa, de Cronstadt y de Kiel no pertenecía al pasado. Lo insólito se convertía n cotidiano a medida que lo cotidiano se abría a asombrosas posibilidades de cambio. Los investigadores del Observatorio de Medun pusieron en autogestión el observatorio astronómico. La Imprenta Nacional estaba en huelga. Los enterradores ocuparon los cementerios. Los futbolistas echaron a los dirigentes de su federación y redactaron una octavilla en la que reclamaban "el fútbol para los futbolistas". La vieja topo no escatimaba nada, ni los antiguos privilegios ni los nuevos. Los internos y los jóvenes médicos habían liquidado la feudalidad que reinaba en su facultad, habían escupido sobre los "patrones" antes de expulsarlos, se pusieron en contra de la Orden de Medicina e hicieron el proceso de las concepciones médicas. Los "cuadros contestatarios" llegaron hasta denunciar su propio derecho a la autoridad como privilegio negativo para consumir más y, por consiguiente, de vivir menos. No faltó más que los agentes publicitarios que siguieran el modelo de los proletarios que exigían el fin del proletariado, deseando la liquidación de la publicidad. Esta voluntad, claramente manifestada, de un cambio real ponía mejor en evidencia las maniobras irrisorias y repugnantes de los falsificadores, de los que hacían oficio de vestir al viejo mundo de cambios aparentes. Si los curas la han podido traer de nuevo sin que las iglesias se les caigan en la cabeza, es porque la espontaneidad revolucionaria - la que prescribió en la España de 1936 el buen empleo de los edificios

religiosos - sufría todavía el yugo del estalino-guevarismo. Desde entonces no tenía nada de extraño que sinagogas, templos, iglesias, se convirtiesen en "centros de protesta" para servir la vieja mistificación al gusto del día y con la bendición de aquellos que se alimentaban con la sopa modernista desde hacía medio siglo. Puesto que se toleraban los consistorios ocupados y los teólogos leninistas se volvía difícil asfixiar en su propia insuficiencia a los directores de museos que reclamaban el saneamiento de sus almacenes, a los escritores que reservaban el Hotel de Massa, que estaba curado de espanto, a los poceros de élite de la cultura, a los cineastas que recuperaron en película lo que la violencia insurreccional no tenía tiempo de destruir, en fin, a los artistas que relamían la vieja hostia del arte revolucionario.

Sin embargo, en el espacio de una semana millones de gentes habían roto con el peso de las condiciones alienantes, con la rutina de la supervivencia, con la falsificación ideológica, con el mundo al revés del espectáculo. Por primera vez desde la Comuna de 1871, y con mejor porvenir, el hombre individual real absorbía al ciudadano abstracto; en tanto que hombre individual en su vida empírica, en su trabajo individual, en sus relaciones individuales, se volvía un ser genérico y reconocía así sus propias fuerzas como fuerzas sociales. La fiesta concedía por fin verdaderas vacaciones a quienes no conocían más que días de salario y de permiso. La pirámide jerárquica se había fundido como un pan de azúcar al sol de mayo. Ya no había ni intelectuales ni obreros, sino revolucionarios dialogando por todas partes, generalizando una comunicación en la que sólo los intelectuales obreristas y otros candidatos a dirigentes se sentían excluidos. En este contexto la palabra "camarada" había encontrado su sentido auténtico, señalaba verdaderamente el fin de las separaciones; y los que la empleaban a la estaliniana comprendieron rápidamente que hablar la lengua de los lobos les denunciaba más bien como perros guardianes. Las calles pertenecían a quienes las desadoquinaban. La vida cotidiana, redescubierta de repente, se convertía en el centro de todas las conquistas posibles. Gentes que habían trabajado siempre en oficinas ocupadas ahora declaraban que ya no podrían vivir nunca como antes, ni siquiera un poco mejor que antes. Se sentía muy bien en la revolución naciente que sólo habría retrocesos tácticos y ya no renunciamientos. Cuando la ocupación del Odeon, el director administrativo se retiró al fondo de la escena, después, pasado el momento de sorpresa dio unos pasos hacia delante y exclamó: "Ahora que le habéis tomado, guardadlo, no lo devolváis jamás, quemadlo más bien" - y que el Odeon momentáneamente devuelto a su chusma cultural no haya sido quemado demuestra que sólo estábamos en el estreno. El tiempo capitalizado se había parado. Sin tren, sin metro, sin coche, sin trabajo, los huelguistas recuperaron el tiempo tan tristemente perdido en las fábricas, en la carretera, ante la televisión. Se vagaba por la calle, se soñaba, se aprendía a vivir. Por primera vez hubo verdaderamente una juventud. No la categoría social inventada para las necesidades de la causa mercantil por los sociólogos y los economistas, sino la única juventud real, la del tiempo vivido sin tiempo muerto, la que rechaza la referencia policiaca de la edad en provecho de la intensidad ("viva la efímera juventud marxista-pesimista", decía una inscripción). La teoría radical reputada difícil por los intelectuales incapaces de vivirla, se volvía tangible para todos aquellos que la sentían en sus mínimos gestos de rechazo y es por lo que no tenían ninguna dificultad en exponer en los muros la formulación teórica de lo que deseaban vivir. Era suficiente una noche de barricadas para que los *blousons noirs* se politicen y se encuentren en perfecto acuerdo con la fracción más avanzada del movimiento de las ocupaciones. A las condiciones objetivas, previstas por la I.S. y que naturalmente llegaban a reforzar y propagar sus tesis, se añadió la ayuda técnica de las imprentas ocupadas, Algunos impresores fueron entre los raros huelguistas 1 que, superando la fase estéril de la ocupación pasiva, decidieron sostener prácticamente a aquellos que se mantenían en la punta del combate. Octavillas y carteles que apelaban a la constitución de los Consejos Obreros obtuvieron de esta forma grandes tiradas. La acción de los impresores obedecía a una conciencia clara de la necesidad en que el movimiento se encontraba de poner al servicio de todos los huelguistas los instrumentos de producción y los centros de consumo, pero también a una solidaridad de clase que tomó en otros trabajadores una forma ejemplar. El personal de la fábrica Sclumberger precisó que su reivindicación "no se refería de ninguna manera a los salarios" y entró en huelga para sostener a los obreros particularmente explotados de Danone, la fábrica vecina. Los empleados de la F.N.A.C. declararon igualmente en una octavilla que: "Nosotros, trabajadores de los almacenes de la F.N.A.C., no nos hemos puesto en huelga por la satisfacción de nuestras necesidades particulares, sino para participar en el movimiento que moviliza actualmente diez millones de trabajadores manuales e intelectuales..."

El reflejo del internacionalismo, que los especialistas de las coexistencias pacíficas y de las guerrillas exóticas habían enterrado prematuramente en el olvido o en las oraciones fúnebres del estúpido Regis Debray, reapareció con una fuerza que parece augurar la próxima vuelta de las Brigadas Internacionales. Al mismo tiempo, todo el espectáculo de la política extranjera, Vietnam en cabeza, se disolvió súbitamente revelando lo que nunca había dejado de ser: falsos problemas para falsas protestas. Se aclamó la toma de Bumidon por los Antilleses, las ocupaciones de residencias universitarias internacionales. Raramente fueron quemadas tantas banderas nacionales por tantos extranjeros resueltos a terminar de una vez para siempre con el símbolo del Estado, antes de terminar con los mismo Estados. El gobierno francés supo responder a este internacionalismo entregando a la prisión de todos los países a los españoles, iranios, tunecinos, portugueses, africanos y a todos aquellos que soñaban en Francia una libertad prohibida en su país.

Toda la charlatanería sobre las reivindicaciones parciales no bastaba para borrar un solo momento de libertad

vivida. En algunos días, la certeza del cambio total posible había llegado a un punto sin retorno. La organización jerárquica, tocada en sus fundamentos económicos, dejaba de aparecer como una fatalidad. El rechazo de los jefes y de las fuerzas de orden, como la lucha contra el Estado y sus policías, se había convertido primeramente en una realidad en los lugares de trabajo, donde empresarios y dirigentes de todas clases habían sido expulsados. Incluso la presencia de aprendices a dirigentes, hombres de los sindicatos y de los partidos, no podía borrar del ánimo de los revolucionarios que lo que se había hecho más apasionadamente se había operado sin dirigentes y además contra ellos. El término "estalinismo" fue así reconocido por todos como el peor insulto en la jauría política.

El paro del trabajo, como fase esencial de un movimiento que apenas ignoraba su carácter insurreccional, metía en la mente de cada uno esta evidencia primordial de que el trabajo alienado produce la alienación. El derecho a la pereza se confirmaba, no solamente en pintadas populares como "No trabajéis jamás" o "Vivir sin tiempo muerto, gozar sin trabas", sino sobre todo en el desencadenamiento de la actividad lúdica. Fourier ya señalaba que serían necesarias varias horas de trabajo a obreros para construir una barricada que los amotinados levantan en unos minutos. La desaparición del trabajo forzado coincidía necesariamente con la rienda suelta a la creatividad en todos los dominios: pintadas, lenguaje, comportamiento, táctica, técnica de combate, agitación, canciones, carteles y comics. Cada uno podía medir así la suma de energía creativa prostituida en los periodos de supervivencia, en los días condenados al rendimiento, al shopping, a la tele, a la pasividad erigida en principio. Se podía estimar con el contador Geiger la tristeza de las fábricas de ocio donde se paga para consumir con aburrimiento las mercancías que se producen en el hastío que hace los ocios deseables. "Bajo los adoquines, la playa". Hacía constar alegremente un poeta de muralla, mientras que una carta aparentemente firmada por el C.N.P.F. aconsejaba cínicamente a los trabajadores olvidar las ocupaciones de fábricas y aprovechar sus aumentos de sueldo para pasar sus vacaciones en el "Club Mediterráneo".

Con la agresividad que pusieron las masas era indiscutible que a quien se apuntaba era al sistema de la mercancía. Si hubo pocos saqueos, muchos escaparates sufrieron la crítica del adoquín. Hace mucho tiempo que los situacionistas preveían que la incitación permanente para aprovechar los más diversos objetos, a cambio de una insidiosa contrapartida en dinero, provocaría la ira de las masas engañadas y tratadas como agentes consumidores. Los coches automóviles que acumulan en ellos mismos la alienación del trabajo y del ocio, el aburrimiento mecánico, la dificultad para desplazarse y la rabia permanente de su propietario atrajeron principalmente la cerilla (uno tiene el derecho de extrañarse de que los humanistas, de ordinario dispuestos a denunciar la violencia, no hayan aplaudido a un gesto saludable que salva de la muerte a gran cantidad de personas prometidas cada día a los accidentes de carretera). La falta de dinero, ocasionada por el cierre de los bancos, no fue sentida como una molestia, sino como un aligeramiento de las relaciones humanas. Hacia el final de mayo, comenzaba a hacerse a la idea de la desaparición de la moneda. La solidaridad efectiva mitigaba a las deficiencias del mantenimiento individual. La comida era distribuida gratuitamente en muchos sitios ocupados por los huelguistas. Por otra parte, nadie ignoraba que en caso de prolongación de la huelga hubiese sido necesario recurrir a las requisiciones y así inaugurar un verdadero período de abundancia. Esta forma de coger las cosas por la raíz era verdaderamente la teoría realizada, el rechazo práctico de la ideología. De modo que los que actuaban así radicalmente se encontraban doblemente capacitados para denunciar la distorsión de lo real que efectuaban, en su palacio de espejos, los aparatos burocráticos en lucha para imponer en todas partes su propio reflejo: combatían por los objetivos más avanzados del proyecto revolucionario y del que podían hablar en nombre de todos y con conocimiento de causa. Medían mejor la distancia que existe entre la práctica de la base y las ideas de los dirigentes. Desde las primeras asambleas de la Sorbona, aquellos que pretendieron hablar en nombre de un grupo tradicional y de una política especializada fueron abucheados y puestos en la imposibilidad de tomar la palabra. Los barricadores nunca juzgaron necesario hacerse explicar por los burócratas confirmados o en potencia, por quien combatían. Sabían muy bien, por el placer que tomaban, que combatían por ellos mismos y esto les bastaba. Este fue el elemento motor de una revolución que ningún aparato podía tolerar. Ahí se ejercieron principalmente los frenazos.

La crítica de la vida cotidiana comenzó a modificar con éxito el decorado de la alienación. La calle Gay Lussac se llamó calle del 11 de mayo, las banderas rojas y negras prestaron una apariencia humana a las fachadas de los edificios públicos. La perspectiva haussmaniana de los bulevares fue corregida, las zonas verdes repartidas de nuevo y prohibidas a la circulación rápida. Cada uno hizo a su manera la crítica del urbanismo. En cuanto a la crítica del proyecto artístico, no era entre los viajantes del happening ni entre los palizas de vanguardia donde había que buscarla, sino en la calle, en los muros y en el movimiento general de emancipación que llevaba en él la misma realización del arte. Los médicos, tan frecuentemente apegados a la defensa de intereses corporativistas, pasaron al campo de la revolución denunciando la función policiaca que se les imponía. "La sociedad capitalista, bajo el pretexto de una aparente neutralidad (liberalismo, vocación médica, humanismo no-combatiente...), ha colocado al médico al lado de las fuerzas de represión: está obligado a mantener a la gente en estado de trabajo y de consumo (ejemplo: medicina del trabajo), está encargado de hacer aceptar a las gentes una sociedad que les pone enfermos (ejemplo: psiquiatría)." (*Medicina y represión,*), octavilla editada por el Centro nacional de los jóvenes médicos). Esto les honra a los internos y a los enfermeros del hospital psiquiátrico de Saint-Anne por denunciar prácticamente este universo concentracional ocupando los lugares, expulsando a las inmundicias que

Breton deseaba ver reventar y aceptando en el comité de ocupación a representantes de los supuestos enfermos. Raramente se ha visto tanta gente denunciar tantas cosas normales y sin duda un día será necesario comprobar que en mayo de 1968 el sentimiento de profundos trastornos procedió a la transformación real del mundo y d ella vida. La actitud *manifiestamente consejista* ha precedido así a la aparición de los Consejos. Ahora bien, lo que los recientes reclutas del nuevo proletariado puedan realizar, los obreros lo harán mejor desde el momento en que salgan de las jaulas donde los mantienen los monos del sindicalismo; es decir, muy pronto, si nos remitimos a slogans como "linchemos a Seguy".

La formación de los Comités de acción de base fue un signo particular y positivo del movimiento; sin embargo, contenía en ella la mayoría de los obstáculos que los iban a destrozar. Al principio procedía de una profunda voluntad de librarse de las manipulaciones burocráticas y de comenzar una acción autónoma en la base, en el marco de la subversión general. Así los Comités de acción organizados en las fábricas Rhone-Poulenc en la N.M.P.P. y en ciertos almacenes, por no citar más que estos, pudieron desde el principio lanzar y endurecer la huelga contra todas las maniobras sindicales. Igualmente éste fue el caso de los Comités de acción "estudiantes-obreros" que lograron acelerar la extensión y el fortalecimiento de la huelga. Sin embargo, lanzada por "militantes", la fórmula de los Comités de base sufrió por este pobre origen. La mayoría eran una presa fácil para los profesionales de la infiltración, se dejaban paralizar por las disputas sectarias, sólo podían animar a las buenas voluntades ingenuas. Así, muchos desaparecieron. Otros, por su eclecticismo y su ideología hastiaron a los trabajadores. Sin una toma directa sobre las luchas reales, la fórmula favoreció a todas las caricaturas, a todas las recuperaciones (C.A. Odeon. C.A. Escritores, etc.).

La clase obrera había realizado espontáneamente lo que ningún sindicato, ningún partido podía ni quería hacer en su lugar: la iniciación de la huelga y la ocupación de las fábricas. Había hecho lo esencial, sin lo cual nada hubiera sido posible, pero no hizo nada más y dejó entonces la ocasión a las fuerzas exteriores de desposeerla de su victoria y hablar en su lugar. El estalinismo interpretó ahí su mejor rol después de Budapest. El partido comunista y su apéndice sindical constituían la principal fuerza contra-revolucionaria que puso trabas al movimiento. Ni la burguesía ni la socialdemocracia hubieran podido combatirlo tan eficazmente. Debido a que era la central más potente y sustentaba la mayor dosis de ilusiones, la C.G.T. apareció sin duda como el peor enemigo de la huelga. De hecho, todos los demás sindicatos perseguían el mismo fin. Por lo tanto, nadie encontró tan bella frase como *l'Humanité* al titular con indignación: "El gobierno y el empresariado prolongan la huelga". 2

En la sociedad capitalista moderna, los sindicatos no son una organización obrera degenerada, ni organización revolucionaria traicionada por sus dirigentes burocráticos, sino un mecanismo de integración del proletariado en el sistema de explotación. Reformista por esencia, el sindicato - cualquiera que sea el contenido político de la burocracia que lo dirige - sostiene la mejor defensa del empresariado devenido reformista a su vez (se vio bien en el sabotaje de la gran huelga salvaje belga de 1960-61 por el sindicato socialista). Constituye el freno a cualquier voluntad de emancipación total del proletariado. A partir de ahora cualquier revuelta de la clase obrera se hará en primer lugar contra sus propios sindicatos. Es la verdad elemental que los neo-bolcheviques rehúsan reconocer.

Mientras lanzaban la consigna "revolución" se quedaron en la esfera de la contra-revolución: trotskistas y maoístas de todas las salsas se han definido siempre en relación al estalinismo oficial. Por esto mismo han contribuido a alimentar ilusiones del proletariado sobre el P.C.F. y los sindicatos. No tiene nada de extraño que una vez más griten contra la traición allí donde no se trataba más que de una conducta burocrática natural. Defendiendo a sindicatos más "revolucionarios" todos sueñan infiltrarse un día. No solamente no ven lo moderno, sino que se obstinan en reproducir los errores del pasado: constituyen la mala memoria del proletariado resucitando todas las revoluciones fracasadas de nuestra época desde 1917 hasta las revoluciones campesinas-burocráticas china y cubana. Su fuerza de inercia antihistórica ha pesado mucho en el platillo de la contrarevolución y su prosa ideológica ha contribuido a falsificar estos diálogos reales que se entablaban un poco por todas partes.

Pero todos estos obstáculos objetivos, exteriores a la acción y a la conciencia de clase obrera, no hubieran resistido el espacio de una ocupación de fábrica, si los obstáculos subjetivos propios del proletariado no estuviesen aún ahí. Es que la corriente revolucionaria que movilizó en algunos días a millones de trabajadores arrancó desde muy abajo. No se soportan impunemente varios decenios de historia contrarevolucionaria. Siempre queda algo y esta vez fue el retraso de la conciencia teórica la más grave de las consecuencias. La alienación mercante, la pasividad espectacular y la separación organizada son los principales triunfos de la abundancia moderna: son en primer lugar estos aspectos a los que se ha acusado por la sublevación de mayo, pero es su parte escondida en la conciencia de las gentes la que ha salvado el viejo mundo. Los proletarios han entrado en lucha espontáneamente armados con su única subjetividad rebelde; la profundidad y violencia de lo que han hecho es la réplica inmediata al insoportable orden dominante; pero finalmente la masa revolucionaria no tuvo tiempo de tener una conciencia exacta y real de lo que hacía. Y es esta inadecuación entre la conciencia y la praxis que queda como marca fundamental de las revoluciones sin acabar. La conciencia histórica es la condición *sine qua non* de la revolución social. Por supuesto, grupos conscientes entrevieron el sentido profundo del movimiento y comprendieron su desarrollo; son ellos los que actuaron con más radicalismo y consecuencia. Pues no son las ideas radicales las que han faltado, sino sobre todo la *teoría coherente y organizada.*

Aquellos que han hablado de Marcuse como "teórico" del movimiento no sabían de lo que hablaban. No han comprendido ni a Marcuse ni, *a fortiori* el mismo movimiento. La *ideología* marcusiana, ya irrisoria en sí, fue adherida al movimiento como Geismar, Sauvageot y Cohn Bendit fueron "nombrados" para representarlo. Ahora bien, incluso estos confiesan que no conocían a Marcuse. 3 En realidad, si la crisis revolucionaria de mayo ha demostrado algo, es exactamente lo contrario de las tesis marcusianas: a saber, que el proletariado no está integrado y que es la principal fuerza revolucionaria en la sociedad moderna. Pesimistas y sociólogos deben rehacer sus cálculos. Los subdesarrollados, el Poder Negro y los dutschkistas también.

Este retraso histórico también ha engendrado todas las insuficiencias prácticas que han contribuido a paralizar la lucha. Si el principio de la propiedad privada, base de la sociedad burguesa, ha sido pisoteado en todas partes, muy raros son los que han osado ir hasta el final. El rechazo del saqueo no fue más que un detalle: en ninguna parte los obreros procedieron a la distribución de las existencias de mercancías en los grandes almacenes. Casi nunca se decidió la puesta en marcha de ciertos sectores de la producción o de la distribución al servicio de los huelguistas, a pesar de algunos llamamientos aislados en favor de tales perspectivas. De hecho, tal tentativa supone ya otra forma de organización del proletariado distinta de la policía sindical. Y es esta forma autónoma la que más cruelmente ha faltado.

Si el proletariado no llega a organizarse revolucionariamente, no puede vencer. Las lamentaciones trotskistas sobre la ausencia de una "organización de vanguardia" son lo contrario del proyecto histórico de emancipación del proletariado. El acceso de la clase obrera a la conciencia histórica será obra de los mismos trabajadores y es únicamente a través de una organización autónoma como pueden hacerlo. La forma consejista sigue siendo el medio y el fin de esta emancipación total.

Son estos obstáculos subjetivos los que han hecho que el proletariado no haya podido tomar la palabra por él mismo y que a su vez han permitido a los especialistas de la frase, que figuran entre los primeros responsables de estos obstáculos, poder aún pontificar. Pero han sufrido en todas partes donde tropezaron con la teoría radical. Jamás tantas gentes, que tanto lo habían merecido, han sido tratadas *como canalla*: después de los portavoces oficiales del estalinismo, fueron los Axelos, los Godard, los Chatêlet, los Morin, 4 los Lapassade que se vieron insultados y expulsados de las aulas de la Sorbona, como en las calles, cuando venían a proseguir sus buenos oficios y su carrera. Seguramente que estos reptiles no se arriesgaban por esto a morir de vergüenza. Han esperado su hora, la derrota del movimiento de las ocupaciones, para recomenzar su trabajo al gusto del día. ¿No se veían enunciados en el programa de la imbécil "Universidad de Verano" (en *Le Monde* del 3 de julio) a Lapassade para la autogestión, Lyotard con Chatêlet para la filosofía contemporánea, y Godard, Sartre y Butor en su "Comité de Apoyo"?

Evidentemente, todos aquellos que obstaculizaron la transformación revolucionaria del mundo no se han transformado ellos mismos ni un pelo. Tan inquebrantables como los estalinianos que han caracterizado suficientemente este nefasto movimiento por el simple hecho de que les ha hecho perder las elecciones, los leninistas de los partidos trotskistas no han encontrado más que la confirmación de su tesis sobre la falta de un partido dirigente de vanguardia. En cuanto al primer llegado de los espectadores, ha coleccionado o vendido las publicaciones revolucionarias y ha corrido comprar las fotos d ellas barricadas reveladas en *posters*.

1. Una empresa de la periferia oeste fabricó *walkie-talkies* para uso de los manifestantes. Los empleados de correos de varias ciudades aseguraron las comunicaciones para los huelguistas.

2. Una octavilla del 2 de junio, citada en el I.G.O., núm. 72, firmada por el delegado de un comité de obreros y estudiantes suecos de Gotemburgo, relata que Tomasi, representante de la C.G.T.-Renault, rehusó la suma recolectada alegando "que la huelga actual es un *asunto francés*y no atañe a los demás países; que los obreros franceses eran 'obreros evolucionados' y no les faltaba de nada, particularmente dinero... que *la huelga presente no era de ningún modo revolucionaria*, que se trataba únicamente de 'reivindicaciones', que la puesta en marcha de las fábricas por cuenta de los propios obreros era una idea romántica, inadaptada a la situación francesa, que esta huelga era el resultado de la labor paciente y ordenada hecha por los sindicatos durante largos años y que desgraciadamente pequeños grupos de *infiltrados* trataban de oponer a los obreros a los dirigentes sindicales haciendo creer que los sindicatos habían seguido a los obreros en la huelga y no lo contrario."

3. Bien que efectivamente hayan leído poco, estos intelectuales recuperadores no se privan a pesar de todo de esconder sus pocas lecturas a fin de servir de modelo a los puros hombres de acción. Postulando una independencia que les vendría de la acción, esperan hacer olvidar que no fueron más que marionetas publicitarias de esta acción representada. Qué pensar, en efecto, de la cínica declaración de GEISMAR en *La Révolte étudiant* (Editions du Seuil: *"Es posible que dentro de veinte años, si conseguimos construir una nueva sociedad y una Universidad nueva dentro de esta sociedad*, se encontrarán historiadores e ideólogos para descubrir en un cierto número de opúsculos o de panfletos de filósofos u otros, las fuentes creatrices de lo que va a pasar; pero yo creo que actualmente esas fuentes son informales." (¿Subrayado por el autor?) El torpe Geismar se puede quitar el bigote, lo hemos reconocido.

4. Este cerdo exagera. En su libro idiota, *Mayo 1968: la brecha*, no tiene miedo de acusar a los situacionistas de haber cometido agresiones físicas "de varios contra uno". Decididamente la mentira es un oficio en el ex argumentista. Por tanto, debe saber que un solo situacionista le haría correr hasta Versalles, e incluso hasta Plomedet.

Capítulo 7

El punto culminante

"Concluyamos: aquellos que no saben cambiar de método, cuando los tiempos lo exigen, sin duda prosperan tanto que su marcha se concuerda con la de la Fortuna; pero se pierden cuando esta llega a cambiar. Por lo demás, pienso que más vale ser demasiado atrevido que demasiado circunspecto...""

MAQUIAVELO, El Príncipe

En la mañana del 27 de mayo, Seguy fue a exponer a los obreros de Renaul-Billancourt los acuerdos concluidos entre los sindicatos, el gobierno y el empresariado. Unánimemente los trabajadores abuchearon al burócrata que - todo su discurso lo atestiguaba - había venido con la esperanza de hacerse plebiscitar por este resultado. Ante la ira de la base, el estaliniano se resguardó detrás de un detalle callado hasta entonces y efectivamente esencial: no sería firmado nada sin la ratificación de los obreros. Estos al rechazar los acuerdos, la huelga y la negociación tenían que continuar. A continuación de Renault todas las empresas rechazaron las migajas con que la burguesía y sus auxiliares habían contado pagar la reanudación del trabajo.

El contenido de los "acuerdos de Grenelle" no contenía, por supuesto, nada como para levantar el entusiasmo de las masas obreras, que se sabían virtualmente dueñas de la producción que paralizaban desde hacía seis días. Estos acuerdos mejoraban los salarios en un 7 % y fijaban el salario horario mínimo garantizado por la ley (S.M.I.G.) de 2,22 a 3 francos; es decir, que el sector más explotado de la clase obrera, particularmente en provincias, que ganaba 348,80 francos al mes, tenía en adelante un poder adquisitivo más adaptado a la "sociedad de la abundancia", 520 francos al mes. Las jornadas de huelga no serían pagadas antes de ser recuperadas con horas extraordinarias. Esta propina gravaba ya gravemente el funcionamiento normal de la economía francesa, sobre todo en sus relaciones obligadas con el Mercado Común y los demás aspectos de la competición capitalista internacional. Todos los obreros sabían que tales "ventajas" serían superadas, y, mucho más, por un inminente aumento de los precios. Ellos *sentían* que sería mucho más expeditivo barrer el sistema, que había llegado hasta el máximo de sus concesiones, y organizar la sociedad sobre otra base. La caída del régimen gaullista era necesariamente la condición previa para esta inversión de la perspectiva.

Los estalinianos comprendieron hasta qué punto la situación era peligrosa. A pesar de su apoyo constante, el gobierno acababa de fracasar una vez más en sus esfuerzos por restablecerse. Después del fracaso de Pompidou, el 11 de mayo, para frenar la subida de la crisis sacrificando su autoridad en el dominio universitario, un discurso de De Gaulle y los acuerdos apresuradamente tomados entre Pompidou y los sindicatos habían fracasado al delimitar una crisis devenida profundamente social. Los estalinianos comenzaron a no tener esperanza en la supervivencia del gaullismo, ya que hasta entonces no habían podido salvarla, y porque el gaullismo parecía haber perdido la energía necesaria para mantenerse. Se encontraban obligados, con su mayor disgusto, a arriesgarse en el otro campo, allí donde siempre habían pretendido estar.

El 28 y el 29 de mayo jugaron la caída del gaullismo. Tenían que tener en cuenta diversas presiones: esencialmente de los obreros. Y, subsidiariamente, de los elementos de la oposición que comenzaban a pretender reemplazar el gaullismo y así corrían el riesgo de encontrarse con una parte de los que primero querían la caída del régimen. Se trataba tanto de los sindicatos cristianos de la C.F.D.T. como de Mendes France, de la "Federación", del confuso Mitterand o de la concentración del estadio Charlety para una organización burocrática de la extrema izquierda.1 Todos estos soñadores, por lo demás, sólo levantaron la voz al nombre de la supuesta fuerza que los estalinianos ponían en juego para abrir *su* post-gaullismo. Necedades que el resultado inmediato debía sancionar. Los estalinianos eran mucho más realistas. Se resignaron pidiendo un "gobierno popular", en las grandes y numerosas manifestaciones de l a C.G.T. del 29 y ya estaban dispuestos a defenderle. No ignoraban que esto no sería para ellos más que un peligroso mal menor. ¡Si pudieran contribuir aún a vencer el movimiento revolucionario antes de que éste consiguiese la caída del gaullismo! Creían justamente ya no poder vencer *después*. El 28 de mayo una editorial radiofónica anticipaba, con un prematuro pesimismo, que el P.C.F. no se levantaría jamás y que el principal peligro venía ahora de los "izquierdistas-situacionistas".

El 30 de mayo, en un discurso De Gaulle manifestó enérgicamente su intención de continuar en el podar costara lo que costara. Propuso escoger entre próximas elecciones legislativas y la guerra civil inmediatamente. Varios regimientos seguros fueron desplegados alrededor de París y abundantemente fotografiados. Los estalinianos, encantados, se guardaron muy mucho de apelar a mantener la huelga hasta la caída del régimen. Se apresuraron a incorporarse a las elecciones gaullistas, cualquiera que fuese para ellos el precio.

En tales condiciones, la alternativa era inmediatamente entre la afirmación autónoma del proletariado o la derrota completa del movimiento; entre la revolución de los Consejos y los acuerdos de Grenelle. El movimiento revolucionario no podía acabar con el P.C.F., sin haber expulsado primero a De Gaulle. La forma del poder de los trabajadores que hubiera podido desarrollarse en la fase post-gaullista de la crisis, al encontrarse bloqueada

a la vez por el viejo Estado y el P.C.F., no tuvo ya ninguna posibilidad de tomar la delantera a su derrota en marcha.

1: Este fue uno de los méritos de los cohn-bendistas del "22 de marzo", rechazar las proposiciones de los estalinianos que quebrantaron el destierro de Barjonet y otros jefecillos izquierdistas ecuménicos. Ni qué decir tiene que los situacionistas, en cuanto a ellos no respondieron más que con el desprecio.

Capítulo 8

El "Consejo para el Mantenimiento de las Ocupaciones" y las tendencias consejistas

"Esta explosión ha sido provocada por algunos grupos que se revuelven contra la sociedad moderna, contra la sociedad de consumo, contra la sociedad mecánica, sea comunista al este o capitalista al oeste. Grupos por otra parte que no saben en absoluto por qué la reemplazarán, pero que se deleitan en la negación, en la destrucción, en la violencia, en la anarquía, que enarbolan la bandera negra."

DE GAULLE, *Entrevista televisada del 7 de junio de 1968*

El "Consejo para el Mantenimiento de las Ocupaciones (C.M.D.O.) fue constituido la noche del 17 de mayo por aquellos partidarios del primer Comité de Ocupación de la Sorbona, que se habían retirado con él y que se proponían mantener en la continuación de la crisis el programa de la democracia de Consejos, inseparable de una extensión cuantitativa y cualitativa del movimiento de las ocupaciones.

Cuarenta personas aproximadamente estaban reunidas permanentemente en el C.M.D.O.; a las cuales se les reunían momentáneamente otros revolucionarios y huelguistas, que venían de diversas empresas del extranjero o de provincias y regresaban a sus lugares respectivos. El C.M.D.O. estuvo más o menos compuesto constantemente de una docena de situacionistas y de *Enragés* (entre ellos Debord, Khayati, Riesel, Vaneigem), otros tantos trabajadores, de una decena de alumnos de segunda enseñanza o "estudiantes" y de una docena de otros consejistas sin función social determinada.

El C.M.D.O., durante toda su existencia, logró una experiencia de democracia directa, garantizada por una participación igual de todos en los debates, en las decisiones y en la ejecución. Era esencialmente una asamblea general ininterrumpida, deliberando día y noche. Ninguna fracción, ninguna reunión particular existieron nunca al lado del debate común. Unidad espontáneamente creada en las condiciones de un momento revolucionario, el C.M.D.O. era evidentemente menos un Consejo que una organización consejista que funcionase ella misma bajo el modelo de la *democracia sociética*. En tanto que respuesta improvisada en este preciso momento, el C.M.D.O. no podía tampoco tomarse por una organización consejista permanente, ni tender como tal a transformarse en una organización de este tipo. Sin embargo, un acuerdo casi general sobre las tesis situacionistas reforzaba su cohesión.

Se habían organizado tres comisiones en el interior de la asamblea general para permitir su actividad práctica. La Comisión de la Imprenta se encargaba de la realización y de la tirada de las publicaciones del C.M.D.O. tanto haciendo funcionar las máquinas de que disponía como colaborando con los huelguistas de ciertas imprentas. La Comisión de Enlace que disponía de una decena de coches, se ocupaba de los contactos con las fábricas ocupadas y del transporte del material a difundir. La Comisión de Suministros, que se destacó en los días más difíciles, cuidaba de nunca faltasen el papel, la gasolina, la comida, el dinero, el vino. Para asegurar la redacción rápida de los textos de los que el contenido era establecido por todos, no había comisión permanente, sino cada vez algunos miembros nombrados, que sometían el resultado a la asamblea.

El Consejo para el mantenimiento de las ocupaciones ocupó él mismo los edificios del Instituto Pedagógico Nacional, calle d'Ulm, a partir del 19 de mayo. Al final del mes de mayo se trasladó a los sótanos del edificio vecino, una "Escuela de Artes Decorativas". La ocupación del I.P.N. tuvo esto de notable que, si los pedagogos de todas clases se sintieron denunciados y ridiculizados en su desdichada profesión [1], muchos elementos del personal, obreros y técnicos aprovecharon la ocasión para exigir la gestión de su lugar de trabajo y tomaron con valentía partido por el movimiento en todas sus formas de lucha. El "comité paritario" de la ocupación se encontró así en manos de revolucionarios. Un *Enragé* de Nanterre fue nombrado como responsable del servicio de seguridad. Todo el mundo se alegró con esta elección, incluso los pedagogos. El orden democrático no fue perturbado por nadie, lo que permitió la más amplia tolerancia: se dejó incluso a un *staliniano* del personal vender *L'Humanité* delante de la puerta. La bandera roja y la bandera negra ondeaban juntas en la fachada del edificio.

La C.M.D.O. publicó un cierto número de textos. Un *Informe sobre la ocupación de la Sorbona*, el 19 de mayo, concluía: "La lucha estudiantil está ahora superada. Mas aun están superadas todas las direcciones burocráticas de recambio que creen hábil fingir respecto de los estalinianos, en este momento en que la C.G.T. y el partido llamado comunista *tiemblan*. El resultado de la crisis está en las manos de los trabajadores, si logran realizar en la ocupación de sus fábricas lo que la ocupación universitaria solamente ha podido esbozar." El 22 de mayo la declaración *por el poder de los Consejos obreros* hacía constar: "En diez días, no solamente centenares de fábricas han sido ocupadas por los obreros y una huelga general espontánea ha interrumpido totalmente la actividad del país, sino que además diversos edificios pertenecientes al Estado están ocupados por comités de hecho que se han apropiado de la gestión. En presencia de semejante situación, que en ningún caso puede durar, pero que se

encuentra ante la alternativa de extenderse o desaparecer (represión o negociación liquidadora), se han barrido todas las viejas ideas, se han confirmado todas las hipótesis radicales sobre el regreso del movimiento revolucionario proletario". Este texto enumeraba tres posibilidades por orden de probabilidad decreciente: un acuerdo del gobierno y del P.C.F. "sobre la desmovilización de los obreros a cambio de ventajas económicas"; entrega del poder a la izquierda "que hará la misma política, aunque a partir de una posición más debilitada"; en fin, los obreros que hablan por ellos mismos "tomando conciencia de reivindicaciones que están al nivel del radicalismo de las formas de lucha que ya han puesto en práctica". Demostraba cómo la prolongación de la situación actual podía contener una tal perspectiva: "La obligación de volver poner en marcha ciertos sectores de la economía *bajo el control obrero* puede establecer las bases de este nuevo poder, que todo lleva a desbordar a los sindicatos y a los partidos existentes. Hará falta poner en marcha el ferrocarril y las imprentas para las necesidades de la lucha obrera. También será necesario que las nuevas autoridades requisen y distribuyan los víveres..."

El 30 de mayo el *Aviso a todos los trabajadores* declaraba: "Lo que ya hemos hecho en Francia obsesiona a Europa y pronto va a amenazar a todas las clases dominantes del mundo, de los burócratas de Moscú o Pekín a los millonarios de Washington y Tokio. Tal *como hemos maltratado a París*, el proletariado internacional va a volver al asalto de las capitales de todos los Estados, de todas las ciudades de la alienación. La ocupación de las fábricas y de los edificios públicos de todo el país no solamente ha bloqueado el funcionamiento de la economía, sino sobre todo incitado a un planteamiento general de la sociedad. Un movimiento profundo lleva a casi todos los sectores de la población a querer un cambio de vida. En adelante es un movimiento revolucionario, al que no falta más que *la conciencia de lo que ya ha hecho* para poseer realmente esta revolución... Los que ya han rechazado los acuerdos irrisorios que satisfacían a las direcciones sindicales han descubierto que no pueden "obtener" más en el marco de la economía existente, pero que pueden *tomarlo todo* por su propia cuenta transformando todas las bases. Los empresarios casi no pueden pagar más; pero pueden desaparecer". La continuación del *aviso* rechazaba la "chapuza burocrático-revolucionaria" intentada en Charlety por una cierta unificación de pequeños partidos izquierdistas y rehusaba la mano tendida sin vergüenza a los situacionistas por ele staliniano disidente André Barjonet. El *aviso* demostraba que el poder de los Consejos de los trabajadores era la única solución revolucionaria, inscrita ya en las luchas de clase de este siglo. Más tarde, interviniendo en las luchas de Flins, el C.M.D.O. difundió el 8 de julio la octavilla *¡No se ha terminado!* que denunciaba los fines y los métodos de los sindicatos en el asunto: "Los sindicatos ignoran la lucha de clases, no conocen más que las leyes del mercado y en su comercio pretenden ser propietarios de los trabajadores... La vergonzosa maniobra para impedir socorrer a los obreros de Flins es sólo una de las repugnantes "victorias" de los sindicatos en su lucha contra la huelga general... Ninguna unidad con los divisores."

El C.M.D.O. publicó también un cierto número de carteles, unos cincuenta comics y algunas canciones de circunstancia. Sus principales textos conocieron tiradas que se pueden cifrar entre 150.000 y más de 200.000 ejemplares. Naturalmente ocupándose en conciliar su práctica con su teoría el C.M.D.O. se había dirigido a los obreros de las imprentas ocupadas, que aportaron con sumo agrado su colaboración poniendo en marcha el excelente material del que disponían [2]. Muy frecuentemente, estos textos fueron reproducidos también en provincias y en el extranjero, a partir del momento que les llegaban los primeros ejemplares [3]. El C.M.D.O. se había ocupado de la traducción y una primera tirada, en inglés, alemán, español, italiano, danés y árabe. Las versiones en árabe y español fueron repartidas en primer lugar entre los trabajadores inmigrados. Una versión falsificada del *aviso* se reprodujo en *Combat* del 3 de junio: habían desaparecido simultáneamente los ataques a los estalinistas y las referencias situacionistas.

El C.M.D.O. se esforzó, con notable éxito, en establecer y conservar relaciones con las empresas, trabajadores aislados, Comités de acción y grupos de provincia: este enlace estuvo particularmente bien asegurado con Nantes. Además el C.M.D.O. estuvo presente en todos los aspectos de las luchas en París y en la periferia.

El Consejo para el mantenimiento de las ocupaciones acordó disolverse el 15 de junio. El reflujo del movimiento de las ocupaciones había conducido una semana antes a varios de sus miembros al planteamiento de tal disolución; se había retrasado por el hecho d ella persistencia de las luchas de los huelguistas que rechazaban la derrota, particularmente en Flins. El C.M.D.O. no había tratado de buscar nada *para él*, ni siquiera hacer cualquier reclutamiento con vistas a una existencia permanente. Sus participantes no separaron sus fines personales con los fines generales del movimiento. Se trataba de individuos independientes, que se había agrupado para una lucha sobre bases determinadas, en un momento preciso; y que volvían a ser independientes después. Algunos de entre ellos que habían reconocido en la Internacional Situacionista la continuación de su propia actividad, se encontraron en ella [4].

Otras tendencias "consejistas" - en el sentido de que estaban por los Consejos, pero sin querer reconocer la teoría y la verdad - se manifestaron en los edificios del Anexo Censier de la Facultad de Letras, donde tuvieron en común en tanto que "Comité de acción trabajadores-estudiantes" una discusión un poco inactiva y que casi no podía progresar hacia una clarificación práctica. Grupos como "Poder Obrero", el "Grupo de Enlace y de Acción de los Trabajadores", muchos individuos llegados de las empresas fueron culpables de aceptar en sus debates, ya confusos y repetitivos, toda clase de adversarios o saboteadores de sus posiciones: trotskistas o maoístas que paralizaban la discusión, algunos permitiéndose incluso quemar públicamente una plataforma anti-

burocrática redactada por una comisión nombrada con ese fin. Estos consejistas pudieron intervenir en algunas luchas prácticas, particularmente al principio de la huelga general, enviando a algunos de los suyos para ayudar al paro y para reforzar los piquetes de huelga. Pero su intervención padecía frecuentemente de los defectos inherentes a su misma agrupación: ocurrió que varios miembros de una de sus delegaciones expusieron a los obreros perspectivas fundamentalmente opuestas. El grupo anti-sindical de "Información Correspondencia Obrera", que no llegaba a ser consejista (y que ni siquiera estaba seguro de constituir un grupo, se reunió, sin embargo, en una sala aparte. Indiferente a la situación, allí machaconeó el fárrago habitual de su boletín y representó su psicodrama obstruccionista: ¿había que atenerse a la información pura pasteurizada de todo germen teórico, o bien la elección de la información no era ya inseparable de presuposiciones teóricas camufladas? Generalmente el defecto de estos grupos, que sacaban su orgullosa experiencia del lejano pasado de las derrotas obreras y nunca de las modernas condiciones y del nuevo modelo de lucha que ignoraban por principio, fue repetir si *ideología* habitual, con el mismo tono aburrido que habían guardado durante uno o dos decenios de inactividad. Daban la impresión de que no habían advertido nada nuevo en el movimiento de las ocupaciones. Ya lo habían visto todo. Estaban hastiados. Su desánimo sabio ya no esperaba más que la derrota para sacar las consecuencias de ella, como de las precedentes. La diferencia consistía en que no habían tenido la ocasión de tomar parte en los precedentes movimientos que analizaban; y que vivían esta vez el momento que ellos *escogían* para considerarlo ya bajo el ángulo del espectáculo histórico, incluso del *remake* poco instructivo.

Durante la crisis no aparecieron nuevas corrientes consejistas - aparte del C.M.D.O. - cuando los antiguos eran tan poca cosa, tanto en el plano de la teoría como en el de la eficacia práctica. El "22 de marzo" tuvo también algunas veleidades consejistas, como de todo, pero sin sacarlas nunca adelante en sus publicaciones ni en sus múltiples *interviews*. Sin embargo, a todo lo largo de la crisis revolucionara se manifestó una creciente audiencia a las consignas de los Consejos Obreros. Esto fue uno de sus principales efectos y queda como una de sus más seguras promesas.**NOTAS**

1: Un cartel aconsejaba: "Ya no digáis; señor pedagogo. Decid: ¡Revienta, cerdo!" Otro recordaba que: "el mismo educador debe ser educado".

2: Es sabido que las imprentas de trabajo no están tan rigurosamente controladas por los sindicalistas estalinianos como las de la prensa.

3: Entre las primeras reediciones de estos documentos se pueden citar un folleto sueco de las ediciones revolucionarias *Libertad*; un número especial de la publicación venezolana clandestina *Proletario*; un folleto editado en el Japón por la *Zengakuren* bajo el título *Lecciones de la derrota de la revuelta de mayo en Francia*.

4: Ciertos elementos exteriores han podido reclamarse abusivamente del C.M.D.O., como sucede, con mucha más frecuencia, que individuos se presentan como si fuesen de la I.S. por tonta vanagloria o por algún fin más turbio. Dos o tres antiguos miembros nostálgicos del C.M.D.O. no han evitado explotar, sin duda, su pasado en un estilo pobremente espectacular. Esto no perjudica para nada a la casi totalidad de sus participantes que aportaron tantas excelentes capacidades sin que nadie pueda ponerse por delante. Algún día volverá el Consejo para el mantenimiento de las ocupaciones, con su tiempo que también volverá.

Capítulo 9

El restablecimiento del Estado

"Es necesario que cada uno alce la cabeza, asuma sus responsabilidades y rechace el terrorismo intelectual... No hay ninguna razón para que el Estado entregue al primer recién llegado la Administración, los establecimientos públicos, que abandone sus responsabilidades y olvide sus deberes."

Robert Poujade, "Intervención en la Asamblea Nacional el 24 de julio de 1968"

La burguesía había esperado el 30 de mayo para manifestar su apoyo al Estado. Con el discurso de De Gaulle la clase dominante volvía a tomar enteramente la palabra y afirmaba masivamente su presencia, después de haberse prudentemente escondido detrás de la protección de las C.R.S. durante varias semanas. La manifestación de la Concordia y de los Campos Elíseos fue la versión subversallesca de los desfiles cegetistas que reclamaban un "gobierno popular". Se dio rienda suelta a la histeria reaccionaria, del miedo al "rojo" hasta slogans reveladores: "¡Cohn-Bendit a Dachau!" Allí comulgaban juntos los Antiguos Combatientes, los supervivientes de todas las guerras coloniales, los ministros, los mercenarios, los tenderos, las *minets* del XVI distrito y sus chulos de los barrios elegantes, los vejestorios y todos aquellos que el interés y el gusto por lo senil inducían a defender e ilustrar la República. El Estadio encontraba así su base y la policía sus auxiliares. La U.D.R. y los Comités de Acción Cívica. Desde el instante en que el gaullismo decidió quedarse en le poder, la violencia sin frases daba permiso a la represión estaliniana, que se había encargado hasta entonces de taponar cualquier apertura revolucionaria, principalmente en las fábricas. Después de tres semanas de ausencia casi total el estado podía tomar el relevo de sus cómplices del P.C.F. Iba a poner tanta obstinación en expulsar a los obreros de las fábricas, como los sindicatos en mantenerlos encerrados. De Gaulle acababa de ahorrar a los estalinianos la perspectiva de un "gobierno popular" donde su rol abierto de últimos enemigos del proletariado hubiese sido tan peligroso. Le iban a ayudar a hacer el resto.

Para uno y otro se trataba ahora de saber terminar una huelga para permitir las elecciones. El rechazo de los acuerdos de Grenelle había enseñado a los dirigentes a desconfiar de toda negociación a escala nacional. Era necesario desmantelar la huelga de la misma forma en que se había iniciado, sector por sector, empresa por empresa. La tarea fue larga y difícil. Los huelguistas manifestaban una hostilidad declarada a la reanudación del trabajo. El 5 de junio un comunicado del buró de la C.G.T. estimaba que "en todas partes donde las reivindicaciones esenciales han sido satisfechas, el interés del asalariado es manifestarse en masa por la reanudación del trabajo en la unidad".

A partir del 6 los empleados de banca y de seguros volvieron al trabajo. La S.N.C.F., baluarte de la C.G.T., decidió también la reanudación. Se pusieron en circulación, por cuenta del Estado, los trenes que en ningún momento estuvieron al servicio de los huelguistas, lo que los ferroviarios belgas habían hecho en la huelga de 1961. Las primeras falsificaciones de voto sobre la vuelta al trabajo ocurrieron en P.&T. y en la R.A.P.T., en donde solo pudieron pronunciarse una minoría de sindicalistas; los delegados cegetistas provocaron la reanudación haciendo creer en cada estación que todas las demás habían cesado la huelga. Los empleados de la estación "Nation", apercibiéndose de esta tosca maniobra, pararon rápidamente el trabajo, pero no consiguieron reactivar el movimiento.

Las C.R.S. intervinieron de una forma complementaria para expulsar a los técnicos huelguistas de France-Inter y reemplazarles por los técnicos del ejército. Ese mismo 6 de junio echaron a los obreros de la fábrica Renault de Flins. Era la primera tentativa para romper la huelga, que hasta entonces seguía siendo total en la metalurgia, de otra forma que por la ideología: con las armas en la mano. "El momento ya no está para paseos" escribían los huelguistas de Flins en su llamamiento del 6 de junio para la recuperación de su fábrica. Entonces sintieron cómo les era nefasto el aislamiento que habían soportado. Miles de revolucionarios respondieron al llamamiento; pero solamente algunos centenares consiguieron unírseles para pelear a su lado. Cuando en el mitin organizado por los sindicatos en Elisabethville, los obreros obligaron al delegado de la C.G.T. a conceder la palabra a Geismar y a un miembro del "22 de marzo" no porque les reconocieran alguna importancia, sino por simple preocupación de la democracia.

A las diez horas la intervención de la gendarmería provocó los choques. Durante doce horas, 2000 obreros y "estudiantes" resistieron en los campos y en las calles de las aldeas vecinas a 4.000 gendarmes y C.R.S. En vano esperaron refuerzos de París. En efecto, los cegetistas impidieron cualquier salida de los obreros de Boulogne-Billancourt [1], y se opusieron, en la estación de Saint-Lazare, a que se pusieran trenes a disposición de los millares de manifestantes que habían acudido para ir a pelearse a Flins. Los organizadores de la manifestación, Geismer y Sauvageot en cabeza, estuvieron también brillantes. Cedieron ante la C.G.T. y acabaron lo que ésta había comenzado, disuadiendo a los que creían ir en ayuda de Flins de apoderarse de un tren y llamándoles a dispersarse delante de los primeros cordones de la policía. Por lo tanto, el pobre Geismar no fue recompensado. Este adormecedor fue a pesar de todo tratado de "especialista de la provocación" por un comunicado particularmente indecente de la C.G.T., que

no dudó en calificar a los revolucionarios de Flins de "grupos extraños a la clase obrera", de "formaciones entrenadas casi militarmente, que ya se han señalado con motivo de operaciones de la misma naturaleza en la región parisina" y que "evidentemente actúan al servicio de los peores enemigos de la clase obrera", porque "es difícil de creer que la arrogancia del empresariado de la metalurgia, el apoyo que recibe del gobierno, las brutalidades policiales contra los trabajadores y las empresas de provocación no estén concertadas."
Los sindicatos consiguieron hacer reanudar el trabajo un poco en todas partes; ya se les había arrojado algunas migajas. Únicamente los metalurgistas continuaban resistiendo. Después del fracaso en Flins, el Estado iba a tentar su suerte en Sochaux, en la Peugeot. El 11 de junio las C.R.S. intervinieron contra los obreros; El enfrentamiento, muy violento, duró varias horas. Por primera vez, en el transcurso de esta larga crisis, las fuerzas del orden tiraron contra la multitud. Hubo dos obreros muertos. Era el momento en que podían hacerlo sin provocar réplica. El movimiento se encontraba vencido y comenzaba la represión política. Por lo tanto, el 12 de junio, una última noche de motines, después de la muerte de un alumno de segunda enseñanza en los combates de Flins, conoció algunas innovaciones: la multiplicación rápida de barricadas y el lanzamiento sistemático de cocktails Molotov contra el servicio de orden desde los tejados.
Al día siguiente el estado decretó la disolución de las organizaciones trotskistas y maoístas, y del "22 de marzo" en virtud de una ley del Frente Popular, originalmente dirigida contra las ligas para-militares de extrema derecha. [2] A esta misma derecha el gaullismo le hacía señas con el pie. Esta fue la ocasión de encontrar el 13 de mayo. Los responsables exiliados de la O.A.S. volvieron a Francia. Salan dejó Tulle, mientras que la extrema izquierda comenzaba a poblar el reducto de Gravelle.
Había algo podrido en el aire desde que las banderas tricolores aparecieron en la Concordia. Comerciantes, provocadores, curas, patriotas alzaban la cabeza y la traían de nuevo por las calles donde no habían osado aparecer algunos días antes. Truhanes a sueldo de la policía provocaron a árabes y judíos en Belleville y facilitaron así una diversión muy oportuna en el momento en que se proseguían las operaciones de despejo de las empresas y de los edificios aún ocupados. Una campaña de calumnias apuntó a los "Katangueses de la Sorbona". Los lamentables izquierdistas no dejaron de caer en la trampa.
Después del fracaso de la experiencia de la democracia directa, la Sorbona había visto instalarse diversas feudalidades, tan irrisorias como burocráticas. Aquellos que la prensa llamó "Katangueses", ex-mercenarios, parados y desclasificados, se apresuraron a cortar la mejor tajada en una república de jefecillos. La Sorbona tuvo así los amos que entonces merecía, pero a pesar de que los "Katangueses" hayan jugado al juego de la autoridad no se merecían tan ruines compañeros. Llegados allí para participar en la fiesta sólo encontraron los pedantes proveedores del aburrimiento y de la impotencia, los Kravetz y los Peninou. Cuando los estudiantes los expulsaron era con la estúpida esperanza de obtener por esta bajeza que se les concediese la gestión duradera de una Sorbona desinfectada, en tanto que "Universidad de verano". Uno de los "Katangueses" hizo observar justamente: "los estudiantes puede que sean instruidos, pero no son inteligentes. Nosotros habíamos venido a ayudarles...". El repliegue de los indeseables al Odeon provocó inmediatamente la intervención de las fuerzas del orden. Los últimos ocupantes de la Sorbona tuvieron justo cuarenta y ocho horas para limpiar los muros y echar a las ratas, antes de que la policía llegase para indicarles que la broma se había terminado. Se fueron sin ni siquiera un simulacro de resistencia. Después del fracaso del movimiento no quedaban más que los imbéciles para creer que el Estado no recuperaría la Sorbona.
A fin de asegurar la campaña electoral era necesario liquidar el último islote de resistencia de la metalurgia. Los sindicatos, y no el capital, cedieron en los acuerdos. Lo que permitió a *L'Humanité* aplaudir "la reanudación victoriosa del trabajo", y a la C.G.T. apelar a los metalurgistas a "prolongar su éxito por la victoria de la verdadera unión de las fuerzas de la izquierda en el programa común de las próximas elecciones legislativas". Renault, Rhodiaceta, Citroen volvieron al trabajo el 17 y el 18. La huelga había terminado. Los obreros sabían que no habían obtenido casi nada; pero prolongando la huelga más allá del 30 de mayo y tardando tanto tiempo en ceder, habían afirmado a su forma que querían algo distinto de las ventajas económicas, sin poder decirlo, sin tener tiempo de hacerla, lo que habían deseado era la revolución. Después de su derrota, era natural que el enfrentamiento electoral de los distintos partidos del orden terminase con la aplastante victoria de aquel que estaba mejor situado para defenderlo.
El éxito gaullista se acompañaba con las últimas operaciones para traer las cosas a su punto de partida. Todos los edificios fueron evacuados. Hay que señalar que el Estado esperó hasta la primera semana de julio para utilizar el argumento jurídico fundamental, a saber que "la ocupación de los inmuebles destinados a un servicio público cualquiera que sea es ilegal". Durante cerca de dos meses no pudo oponer este argumento al movimiento de las ocupaciones. [3]
Los actos de vandalismo que habían marcado el comienzo del movimiento se encontraron mucho más violentos a su final, atestiguando el rechazo de la derrota y la decidida intención e continuar el combate. Por no citar más que dos actos ejemplares, se podía leer en *Le Monde* del 6 de julio: "Moquetas pegajosas de huevos, de mantequilla, de talco, de polvos para lavar, de pintura negra y de aceite; teléfonos arrancados y pintados de rojo, máquinas I.B.M. destrozadas a martillazos, cristales de las ventanas pintados de negro, medicamentos desparramados y manchados de pintura; fichas de enfermos inutilizables, cubiertas de tinta de multicopista, ficheros de tratamiento ennegrecidos de pintura con pistola; inscripciones obscenas o injuriosas, tal es el espectáculo que ofrecía el miércoles por la mañana el

conjunto de las oficinas médicas (comprendidos la secretaría y el servicio social bautizado por una rabiosa inscripción, "servicio anti-social") de uno de los más importantes servicios de neuropsiquiatría del Hospital Saint-Anne. Un cuadro curiosamente análogo al que se ha podido observar en Nanterre donde se han utilizado los mismos medios de devastación y donde se encontraban por todas partes inscripciones del mismo estilo y de la misma idea... Uno se puede preguntar si no existe una relación entre los recientes traslados intervenidos en este servicio, por razones estrictamente profesionales, y estos actos de vandalismo". Y en *Combat* del 2 de julio: "Señor Jacquenod, director del Instituto-Piloto de Montgeron, escribe: "Por el interés general es mi deber darles cuenta de las actuaciones absolutamente escandalosas de las que se han reconocido culpables en la región de Essone estos últimos tiempos comandos de *Enragés* que se reclaman de una cierta "Internacional Situacionista". Contrariamente a lo que la prensa ha dado a entender, estos tristes individuos se han revelado más perjudiciales que "folcklóricos". El momento no está para la benevolencia y las vergonzosas degradaciones en monumentos a los muertos, iglesias, monasterios, edificios públicos, etcétera a las que se han dedicado son simplemente intolerables. Después de introducirse fraudulentamente en el recinto de nuestro establecimiento, en la noche del 13 al 14 de junio, se dedicaron a fijar unos 300 carteles, octavillas, canciones, comics, etc. Pero los daños sobrevenidos fueron esencialmente ocasionados por un embadurnamiento sistemático con pintura de los muros del colegio mayor y del colegio técnico. El 21 de junio, cuando la policía estaba haciendo una investigación, y como para desafiarla, nuevas degradaciones (carteles, octavillas, pintadas con tinta) se cometieron en pleno día en el interior de los edificios". El señor Jacquenod juzga que su deber es alertar a la opinión pública por estos "actos de vandalismo, muy perjudiciales en el clima de paz que recuperamos poco a poco.

1. En la noche del 9 al 10 de junio, una delegación e los obreros de Flins vino a pedir ayuda a las facultades ocupadas y a Boulogne-Billancourt. Los estudiantes salieron; pero en Billancourt los piquetes de huelga de la C.G.T. prohibieron el acceso de la delegación a la fábrica. Los herméticos tabiques que encierran a los trabajadores separaban también a los de las dos fábricas de una misma empresa.

2. Se escogió mal este pretexto, ya que estos grupos nunca habían armado milicias. Evidentemente todos los revolucionarios manifestaron su solidaridad contra esta represión. Por lo demás tales medidas policiacas son inadecuadas respecto al carácter de organización autónoma antijerárquica que ha revestido el aspecto más original del movimiento. Los numerosos comentarios sobre estas medidas de disolución ya no han asimilado las situaciones al "22 de marzo". Debido únicamente a tales circunstancias la I.S. no tenía, por supuesto, por qué desmentir esta aserción.

3. Había hecho falta pretextos más o menos falaces para justificar la recuperación, por la policía, del Odeon, de la Sorbona y de la Escuela de Bellas Artes.

Capítulo 10

La perspectiva de la revolución mundial después del movimiento de las ocupaciones

La I.S. ha sembrado viento. Recogerá tempestad.

Internacional Situacionista, enero 1963

El movimiento de las ocupaciones ha repercutido inmediatamente en el mundo como un acontecimiento histórico de una importancia capital; como el comienzo de una época amenazadora, cuyo programa proclama la próxima muerte de todos los regímenes existentes. Al intranquilo estupor que ha creado, como en Francia entre los responsables y los portavoces de todas las clases dominantes, ha respondido enseguida un renacimiento del internacionalismo y una radicalización de las tendencia revolucionarias. La solidaridad de los obreros organizados se ha expresado de diversas maneras: los descargadores del puerto de Savons y Amberes se negaron a descargar las mercancías destinadas a Francia y los tipógrafos belgas prohibiendo el referéndum nacido muerto anunciado por De Gaulle el 24 de mayo al oponerse a la impresión de los boletines. Hacia mediados del mes de mayo, la *Radical Students Alliance* de Londres hacían llegar a Francia un aviso a los estudiantes y obreros, escrito en francés: "Nosotros también hemos soportado los bastonazos que pegaban los policías y los efectos del gas lacrimógeno; las traiciones por parte de nuestros llamados líderes no nos son desconocidas. El conjunto de todas estas experiencias nos es suficiente como prueba de la necesidad de solidarizarnos en la lucha viviente contra las estructuras a suprimir en la sociedad global, así como en las universidades... Pero, vosotros, camaradas, habéis conseguido impulsar esta lucha más allá de un examen de la universidad de clase, hasta una lucha unida a la de los obreros, una lucha que pretende la capitulación total de la sociedad capitalista... Unidos con vuestros camaradas en las fábricas, en los puertos marítimos y en las oficinas, habéis destruido el mito de la estabilidad de la Europa capitalista y, por consiguiente hacéis temblar los regímenes, así como la burguesía. En las Bolsas de Europa los capitalistas tiemblan, los profesores y los gerontócratas envejecidos dan vueltas a las palabras para explicar la acción de las masas... Camaradas, vosotros habéis reanimado las tradiciones de 1871 y de 1917, habéis dado al socialismo mundial un nuevo impulso." El Comité de Coordinación de la huelga de estudiantes de Columbia publicaba a principios de junio una octavilla que declaraba: "Desde hace más de dos semanas doce millones de trabajadores y de estudiantes franceses llevan una huelga general de masas contra el mismo tipo de condiciones que nosotros afrontamos en América... A pesar de los esfuerzos de los burócratas sindicales, comprendida la C.G.T. de dirección comunista para moderar el movimiento y para conseguir un compromiso con el empresariado y el gobierno gaullista los trabajadores han votado la continuación de la huelga general hasta la completa satisfacción de sus exigencias... Si ganamos en Francia esto dará una nueva vida al movimiento internacional que ya se perfila en Alemania del Oeste, en Italia, en Japón y hasta incluso en Estados Unidos. Cuando libremos aquí nuestras propias batallas ayudaremos a crear las condiciones para una victoria en Francia y en todas las partes del mundo. Su combate es nuestro combate. Los trabajadores y los estudiantes de Francia buscan entre nosotros en América una respuesta a su primer paso de gigante en la batalla por una nueva sociedad."

Las barricadas y los cocktails Molotov de los estudiantes de Berkeley, los mismos que habían lanzado la agitación universitaria tres años antes, respondieron al final de junio. A mediados de mayo se formó una organización revolucionaria entre la juventud austríaca con este simple programa: "Hacer como en Francia." Al final del mes tuvieron lugar ocupaciones de locales en Alemania, Estocolmo, en Bruselas y en Londres por la Escuela de Bellas Artes de Hornsey. El 31 de mayo se levantaron barricadas en Roma. En junio, los estudiantes de Tokyo, siempre tan combativos, y dispuestos a transformar el barrio de las universidades en "Barrio Latino" ocuparon sus facultades y las defendieron contra la policía. Ni siquiera Suiza fue perdonada: los días 29 y 30 se desencadenaron motines en Zurich; centenares de manifestantes, provistos de adoquines y de cocktails Molotov, tomaban al asalto el cuartelillo principal de la policía. "Las violentas manifestaciones de Zurich, señalaba *Le Monde* del 2 de julio, han provocado un cierto estupor. Muchos suizos creían su país al abrigo del movimiento de protesta que afluye sobre Europa han sido perturbados en su sosiego." La lucha en los países capitalistas han reactivado naturalmente la agitación de los estudiantes contra los regímenes dictatoriales y en los países sub-desarrollados. Al final de mayo hubo enfrentamientos muy violentos en Buenos Aires, en Dakar, en Madrid y una huelga de estudiantes en el Perú. En junio los incidentes se extendieron al Brasil; en Uruguay -donde debían culminar en una huelga general-; en Argentina, en Turquía, donde las universidades de Estambul y Ankara fueron ocupadas y cerradas *sine die* y hasta en el Congo donde los alumnos de segunda enseñanza exigieron la supresión de los exámenes.

La más importante de las consecuencias inmediatas del movimiento francés fue una primera conmoción del poder de las clases burocráticas en Europa del Este, cuando

los estudiantes yugoslavos, al principio de junio, ocuparon la Universidad de Belgrado. Los estudiantes formaron comités de acción; denunciaron la propiedad burocrática sobre la sociedad; reivindicaron la *autogestión auténtica* como libertad y como abolición de clases; votaron el mantenimiento de la denominación de "Universidad Karl Marx". Se dirigieron a los obreros: "Estamos indignados por las enormes diferencias sociales y económicas en nuestra sociedad... Estamos por la autogestión, pero en contra del enriquecimiento de los particulares a expensas de la clase obrera". Su movimiento encontró una gran aprobación entre los obreros. Como en la Sorbona, "varios obreros tomaron igualmente la palabra en un interminable mitin en la facultad de filosofía en donde los oradores se relevaban sin cesar en medio del entusiasmo general" (*Le Monde*, 7 de junio). El régimen se vio amenazado de muerte. La autocrítica demagógica y las concesiones lacrimosas de Tito, que hablaba de irse si no llegaba a satisfacer las justas reivindicaciones enunciadas, hacen ver la debilidad de la burocracia yugoslava y su pánico. Ya que sabe muy bien que las reivindicaciones radicales del movimiento, cualquier juego momentáneo que hayan dejado al personaje de Tito, significan nada menos que su liquidación como clase dominante y la revolución proletaria que allí como en otras partes vuelve al día. Las concesiones de los burócratas se acompañaron *clásicamente* con la dosis de represión que podían pagarse y con las acostumbradas calumnias que traducían la realidad inversa de su *ideología*: la liga llamada de los Comunistas denunció entonces a los "radicales de extrema izquierda... ávidos de destruir el régimen democrático y la autogestión". Incluso *Le Monde* (del 12 de junio) percibió que se trata "de la más importante *alerta* que el régimen haya conocido en el interior después de la guerra". 1

Francia permanece también en la cadena volcánica de la nueva geografía de las revoluciones. No hay nada arreglado. La erupción volcánica no llegó por una crisis económica, sino al contrario, ha contribuido a crear una situación de crisis en la economía. Lo que se atacó de frente en mayo fue la economía capitalista *que funcionaba muy bien*; pero esta economía, una vez perturbada por las fuerzas negativas de su superación histórica, debe *funcionar menos bien*: se vuelve más odiosa y fortalece así "el lado malo", la lucha revolucionaria que la transforma. El medio estudiantil se ha convertido en una plaza fuerte del desorden en la sociedad francesa; y esta vez ya no se trata de un desorden de la juventud *separada*. Los grandes aparatos burocráticos de encuadramiento de la clase obrera han pagado muy caro su victoria sobre la huelga: muchos obreros les han comprendido. En cuanto a los pequeños partidos izquierdistas, aparentemente reforzados -y cuanto más por abusiva disolución policiaca- están desde ahora virtualmente condenados: el discreto nido de cangrejos que constituyen se ha propagado ante los *flahes*durante la huelga, pero siempre andando hacia atrás.

Cuando la perspectiva de la revolución mundial reapareció en Francia, no solamente recuperaba un inmenso retraso -su medio siglo de ausencia- sino que incluso tenía por este hecho ciertos aspectos *prematuros*. El movimiento de las ocupaciones ha llegado, *antes* de vencer al poder estatal al que se enfrentaba, mientras que los demás movimientos revolucionarios, excepto aquel de 1905, sólo llegaron *después*. Los destacamentos armados a disposición del gobierno no habían sido derrotados. Y por lo tanto, la incautación de ciertos edificios, su notoria distribución entre diferentes grupos subversivos no iban sin evocar algunos rasgos de Barcelona del verano de 1936. Por primera vez en Francia, el Estado ha sido *ignorado*: esto fue la primera crítica en actos del jacobinismo, que ha sido durante tanto tiempo el mal sueño de los movimientos revolucionarios franceses, comprendida la Comuna. Es decir, que a la repentina vuelta de la especificidad revolucionaria francesa -otra vez aún, las barricadas de París despertando a Europa- se mezclaban elementos radicalmente nuevos. Lo mismo que *no* era *bastante* ignorar solamente al Estado, seguramente aún no había perspectivas bastante claras. La teoría revoluciona coherente, la poseía demasiado poca gente y su comunicación en las masas debía superar condiciones extremadamente desfavorables: al lado de poder de información espectacular del orden existente, de las burocracias contra-revolucionarias que todavía sólo habían sido desenmascaradas por muy poca gente. Tampoco hay que extrañarse de las numerosas debilidades del movimiento, sino más bien maravillarse de su fuerza.

Se ha confirmado la teoría radical. Se ha reforzado inmensamente. Ahora debe hacerse reconocer por todas partes por lo que es, romper todos los nuevos esfuerzos de los recuperadores en situación desesperada. Los que la tienen, no deben hacer ninguna concesión. Tienen que volverse más exigentes, a partir de la posición de fuerza que la historia les da. Nada de este lado del poder internacional de los consejos obreros debe satisfacerles; no podrán reconocer ninguna fuerza revolucionaria fuera de las organizaciones consejistas que se van a formar en todos los países. Las condiciones objetivas de la revolución revelaron su presencia desde que la revolución recomenzó a hablar como potencia subjetiva. Aquí se ha alumbrado un brasero que no se apagará. El movimiento de las ocupaciones ha matado el sueño de todos los amos de la mercancía y la sociedad espectacular ya no podrá dormir jamás.

1. Desde entonces, la revuelta de los estudiantes mexicanos ha superado en amplitud todas las demás respuestas a nuestro movimiento de las ocupaciones. Se trata en el caso de México de un país recién salido del subdesarrollo. (Nota añadida en octubre de 1968. R.V.)

René Viénet: Enragés: Y situacionistas en el movimiento de las ocupaciones. Miguel Castellote, Ed., Madrid, 1978.

AntiCopyright - Ediciones Autónomas Todxs Moriremos, Pero el Enemigo primero!!